

ARTURO USLAR PIETRI EN SUS 100 AÑOS (*)

Julio Barroeta Lara (**)

*Fue un hermoso tiempo (1943) y los que tuvimos la suerte de vivirlo
no podemos recordarlo sin una inmensa nostalgia.
AUP*

Antes de aparecer *El Nacional* en la calle, agosto de 1943, Arturo Uslar Pietri lo conoce a fondo. En su intimidad. Ha estado cerca de la gestación porque Miguel Otero Silva le habla del proyecto. Son viejos amigos. Fueron condiscípulos en el internado del Liceo San José de Los Teques, dirigido entonces por su fundador José de Jesús Arocha, de parentesco cercano con la familia de Miguel. Debido a su severidad en la formación de estudiantes, y el provecho que ello les trajo, éstos le han evocado afectuosamente como “el Tigre Arocha”, educador que habiendo recibido su grado de médico en la Universidad Central, y ésa fue su profesión originaria, mantenía líneas de rigurosas disciplinas que mucho lo acercaban a los maestros de palmeta, duros y no obstante recordados con agradecimiento por quienes estuvieron bajo tal tipo de régimen porque, con tales métodos, ellos formaban hombres y no perendengues.

Miguel es evocado por Uslar. A su memoria le llega en ese ambiente de pinares, neblinas y soles diamantinos, como un jovencito alto, delgado. De igual modo estuvieron reunidos ambos con los también adolescentes de ese alebrestado grupo “Válvula” que aún estremece con sus atrevidas palabras,

(*) Este capítulo es parte de un trabajo de mayor extensión, inédito, titulado *El Nacional. Propulsor del humanismo y la modernidad*, presentado por el autor en la Universidad Central de Venezuela para optar al grado de profesor titular. El original, posteriormente, fue sustancialmente ampliado en contenido y número de páginas.

(**) Socio correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Doctor en Historia de la Universidad Central de Venezuela.

pues, tanto afán muestran de ser tomados en cuenta que por delante llevan no un saludo gentil, como el de aquellos poetas que llegaban a las casas con el sombrero pajilla en la mano y una flor en el ojal, sino con esta perla de la inconformidad:

*Somos un grupo de jóvenes con fe,
con esperanza y sin caridad.*

Muestran acatar la *fe* y la *esperanza* en tanto niegan la *caridad*, virtud teológica sembrada en el propio corazón cristiano para fomentar la fraternidad, directa relación con el Creador que nos llega en el concepto bíblico del prójimo, puntualizado en el más alto de los niveles: el mandato de “amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”. Meditemos en torno a que es el Primer Mandamiento de las Tablas de la Ley entregadas por Dios mismo a Moisés en el Monte Sinaí.

El *Manifiesto de Válvula* es, en parte, un desafío metaforizado de la vanguardia. Suena gracioso a primera vista, pero, sin mucho profundizarlo, resalta su desafiante travesura y hace preguntar: ¿acaso no es humor negro pisando terreno vedado? Va un tanto más allá de la tolerancia exigida por el acatamiento al mandato divino hacia los valores religiosos. Es la intromisión del vanguardismo en nuestra literatura. No queda todo en ese punto. A la insólita expresión nihilista, como si fuera poco, estos jóvenes poetas le añaden:

Nos juzgamos llamados al cumplimiento de un tremendo deber. El de renovar y crear. Trabajaremos, comprendásenos o no.

Quienes de entrada ofrecen no dar, y más aún decirlo cuando nadie se los ha preguntado, pues poco han de recibir. Viene a ser como el vaquero de las películas del Oeste que entra en el bar manoseando las pistolas, echa un vistazo receloso e interroga: *¿Aquí como que no tengo amigos?*

Con actitud similar va en el compactado grupo de guerrilla literaria Leopoldo Landaeta, el cual, aliñando con términos despectivos, concluirá en que nuestras letras (con salvedades que no menciona y deja implícitas) “sólo han dado hasta ahora paraulatas, cotorras y aves de mal agüero...”¹

1. Cit. en: *Uslar Pietri renovador del cuento venezolano*, Caracas, Monte Ávila Editores, mayo 30 de 1980, p. 44.

El ámbito colectivo del año 28, cargado de preocupaciones, no estaría para reír chistes teologizados ni para disfrutar de los versos para él incomprensibles de aquella juventud alborotada. La fuerza de ese torrente será tal que en el grupo va, recordemos, Antonio Arráiz, quien aparentemente sereno sorprendería no obstante con *Áspero*, buena muestra de la carga de negaciones que esa generación poética lleva por dentro.

Un desafiante manifiesto como éste, al estilo D'Artagnan el de *Los tres mosqueteros* de Dumás no se emite si no va respaldado con la intención de demostrar que se puede hacer algo nuevo y mejor. De resto se podría caer en el ridículo. Fortuna para ellos es que a la juventud se le perdona todo. Se parte de que sufre de una fatal, biológica demencia juvenil. Todos, aunque no lo advirtamos, hemos pasado por tal fase.

Esa envalentonada proclama de *Válvula*, fragmento del pintoresco e irreverente editorial con que se abren a la luz estos jóvenes, algunos aún adolescentes con afanes de ser tomados en cuenta, la ha redactado Arturo Uslar Pietri, quien comparte aquellos momentos con el grupo. Él corresponde a esa generación estudiantil del año 28; mas no en lo político que en cierto modo la tipifica, sino en las letras. Es observable que no anduvo mucho en cambotes literarios y de igual modo sólo se le vio cercano a ese otro aglomerado cultural de significación, el *Grupo Viernes*, que éste no se presentaría con frivolidad juvenil y risas y, aunque no desestima el sentido del humor, preserva con su compostura el prestigio de quienes lo integran. Saliéndose un tanto de esos moldes Miguel Otero Silva, con tantas afinidades compartidas, y quien, valga decirlo en el caso, está muy lejos del fallecido romanticismo de lágrimas y sepulturas y novias que ya por adelantado lucen como vestidas con traje de viudas, los despide con el estilo liviano, sonreído, de quien a la tumba les lleva una serenata de consolación:

*Como el sollozo de las mariposas,
como el vuelo imposible de las rosas;
como el lucero abierto que no supo
hablarle de amor a la mañana en ciernes,
ha muerto el Grupo Viernes.
Se marchó como lírico turpial
que renuncia al topacio de las vegas,
la flor del nido y la emoción del nardo,*

*Pascual
Venegas
Filardo (...)*²

Reverbera el siglo XX y, al igual que todo siglo nuevo, trae auras nuevas. Al entrar Arturo Uslar en tales entornos, ya no es uno de los mocitos que salen a la luz pública en busca de notoriedad. Ha publicado su libro de cuentos *Barrabás y otros relatos* (1928), cuando sólo ha cumplido los 22 años, y su novela estelar *Las lanzas coloradas* (1931), de trasfondo histórico, ambientada en el año 1812, momentos cuando la Corona española intenta la recuperación del mando en estas llamadas *provincias de ultramar*, y donde ahora el rostro del imperio está representado por el feroz asturiano José Tomás Boves.

Yendo a su propia juventud, a la que estuvo siempre atado, gratamente recuerda Uslar las dos décadas en las cuales va ese lapso, de sus 15 a 35 años de edad que incluyen su bachillerato en Los Teques y Caracas, y sus tiempos, para él mágicos, del París al que Hemingway evoca en su libro *París era una fiesta*. En esa ciudad espiritual, multicolor de bulla luminosa, Uslar será funcionario en la Embajada de Venezuela y se relacionará con famosos escritores y pintores franceses, suramericanos, españoles y con los nuestros Jesús Semprum, de ácido acento a veces, y el siempre pausado Julio Garmendia.

Vendrá la madurez. Nos ubicamos en la época del presidente Eleazar López Contreras, en cuyo gobierno es ministro de Educación. Luego el de Medina Angarita y desempeñará la Secretaría de la Presidencia. Con el avance civilizador del sistema republicano pleno, ahora están siendo debatidos a campo abierto en la plaza pública y en la prensa, tribuna esta por excelencia, los asuntos gubernativos y el proceso de sucesión en el mando. Entre otras modernizaciones civilizadas aparecerá una nueva concepción del periodismo, que algo de ello están ya poniendo en práctica uno u otro de los diarios caraqueños. Refiriéndose a *El Nacional*, comenta Uslar:

Seguía de cerca, con mayor interés, todo su proceso de gestación. Mi amigo de toda la vida Miguel Otero Silva, me informaba con frecuencia de la marcha del proyecto.

2. Miguel Otero Silva, *Un morrocoy en el Infierno. Responso al Grupo Viernes* (con Prólogo de Adriano González León), Caracas, Editorial Ateno de Caracas, 1981, p. 75.

Recuerdo que algunas veces hablamos sobre el posible director, y Miguel, entre chanzas y veras, me dijo que le gustaba un candidato que era yo, pero que dudaba de que fuera a renunciar a mi posición en el Gobierno para irme a la aventura de la fundación de un diario. Hubo que aguardar casi treinta años en realidad.³

Tal vemos, el diario está sembrado en sus evocaciones. Y de éstas refiere una de las que son para él más trascendentes:

Recuerdo todavía, con mucha nitidez, aquel día de agosto de 1943 cuando, formando parte de la comitiva del Presidente Medina en su visita oficial a los países bolivarianos, al salir de Bogotá hacia Quito nos entregaron en el avión algunos ejemplares de la primera edición. Todos los hojeamos con avidez. Iban allí, junto con el Presidente, muchos amigos de los fundadores de la empresa, como Andrés Eloy Blanco, Tito Salas, Pedro Sotillo y, desde luego, yo. (...) Desde el primer momento se tuvo la convicción de que aquella publicación iba a perdurar y a cumplir un gran destino. Tenía personalidad y carácter...⁴

En el volar de la nostalgia regresará la hermosa época

Ese 43 está en la visión que él retiene de sus años dorados. La segunda guerra mundial está concluyendo. En Europa se acerca la avanzada final de los ejércitos aliados contra el nazifascismo que ha brotado del propio infierno y una fresca brisa de esperanza llena todos los corazones:

Fue un hermoso tiempo y los que tuvimos la suerte de vivirlo no podemos recordarlo sin una profunda nostalgia. (...) El país entero estaba sacudido por un soplo de esperanzas, no siempre realistas ni realizables, pero suficientemente poderosas para atreverse a ignorar toda limitación física o histórica.⁵

3. Arturo Usler Pietri, *El Nacional. 37 años haciendo camino*, Caracas, Editora El Nacional, 1980.

4. *El Nacional. Venezuela ante un espejo*, Caracas, C. A. Editora El Nacional, diciembre 1981, p. 10.

5. Arturo Usler Pietri, *El Nacional. 37 años haciendo camino*, ob. cit.

Se ha llegado a un cruce de caminos donde lo gubernativo tiene atrás el abismo con sus caudillos del montarral, y en el presente y hacia el futuro muchas perspectivas y otras tantas incógnitas a despejar. Si en el campo internacional aún se oyen los últimos bombardeos y cañonazos de la guerra, tampoco aquí todo será coser y cantar. Uslar echa una mirada:

Empezábamos a descubrir el tamaño sobrecogedor de nuestro atraso. Todos los días los periódicos y las nuevas agrupaciones sociales voceaban una lista inagotable de necesidades. No había aldea que no clamara en tono perentorio sus carencias, desde la creación de una escuela y un dispensario hasta la refacción de la iglesia. El país carecía de escuelas, de hospitales, de caminos, y de los más necesarios servicios. El paludismo esterilizaba la mayor parte del territorio habitado, no había una maternidad, ni en un país esencialmente petrolero, ninguna escuela universitaria de geología o de ingeniería de hidrocarburos.⁶

Es el país que el general López recibe al morir el general Gómez, con un abismal pasado hundido en el atraso del subdesarrollo. Eso, a buen seguro, ha debido verlo desde ese alto mirador que es la Secretaría de la Presidencia de la República, ganado por propio prestigio. Se le tiene como cabeza rectora de ese régimen, el de Medina Angarita, donde aparece nucleando a un selecto conjunto de intelectuales entre quienes despuntan Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorry, Ramón Díaz Sánchez, Alejandro García Maldonado, Julián Padrón, José Fabbiani Ruiz, Manuel Rodríguez Cárdenas y un racimo nuevo en el cual aparecen Alfredo Tarre Murzi, Alirio Ugarte Pelayo y unos cuantos otros en todo el país.

A la fama por la escalera de las letras

Uslar alcanza figuración de astro desde sus 22 años, en 1928. La crítica nacional ya va reconociendo en ese adolescente a un escritor en proceso de consagración por su *Barrabás y otros relatos*, y a los 25 años, en 1931, la crítica internacional adelanta los mejores augurios a su novela, que será una de las estelares de la literatura latinoamericana con rango en toda el habla castella-

6. *Ibidem*, p. 9.

na, *Las lanzas coloradas*. Durante una pausa en el trajín de *El Nacional* trae esta referencia en la cual vale significar la circunstancia:

—Inicialmente la idea fue hacer algo especial, con ocasión de ser conmemorado, el año 30, el Centenario de la Muerte del Libertador. Había discutido esa idea con Rafael Rivero Oramas:

—Qué tal te parece hacer una película cinematográfica con el tema de la Independencia?

Escribe la novela en París:

—Estuve —le oigo decir— animado por el aire alentador de la primavera, que de poco, y valga la referencia, me habría de valer, toda vez que para trabajar tuve que encerrarme en la habitación donde vivía, por lo demás un ambiente un tanto sórdido, poco alentador, tan diferente a los espacios abiertos en que se desarrolla el relato.

Esa película no se hizo entonces, y no se ha hecho. Se manosearon diversos proyectos. Fue iniciada como guión, que es una cosa, y llegó a novela, que es otra, para intentar un regreso al guión. Aquiles Nazoa estuvo trabajando en ello para la empresa Bolívar Film, faena en la cual pude verlo con los atuendos utilizados en el *set* por los guionistas de Hollywood: pantalón *short* y la típica media cachucha con visera de celuloide color verde. *—Sólo te falta —le dije— la pipa.* Sentía fascinación Aquiles por la forma como estaban logrados algunos pasajes en la novela. De modo especial me comenta lo impresionante que para él sería ver en la pantalla esa muestra de bárbara fuerza brutal “que es la pechada conque el caballo de Presentación Campos derriba el portón. Esto, y la batalla final en La Victoria, igualmente será un reto para la producción.”

A partir de que historia es historia, novela es novela y cine será cine, géneros afines pero distintos, puede observarse que *Las lanzas coloradas* ya en sí tienen mucho de eso que los escritores norteamericanos llaman el *ojo de la cámara* o, también, *lenguaje visual*. Por caso señalemos el pasaje cuando en el propio templo el cura es obligado por el perverso Boves a danzar a la voz de: “¡Palo con él! ¡Y que baile”, mientras la sotana se le abomba y le flota en ese trajín de brincos.

A propósito de que Boves aparece en esa batalla, y a la verdad no estuvo en ella, le suelto a don Arturo una pregunta cuya respuesta me aclara este

aspecto que él justifica entre los recursos narrativos válidos en la creación literaria:

—Lo que hice fue proyectar en ese combate la figura de Boves, jefe de esa fuerza que él había dividido en dos sectores: uno lo envió hacia Caracas; otro en el cual él participa de manera indirecta en La Victoria por mano de su subordinado Morales. Del episodio es de tomar en consideración, siempre, que no se trata de una historia sino de una novela histórica, lo cual permite proyectar hechos y personajes hacia otras dimensiones dirigidas a una misma finalidad artística.

A quitarse la chaqueta y arremangarse la camisa

Al llegar a la dirección de *El Nacional*, el 20 de enero de 1969, ha publicado en esas páginas unos 1.300 artículos en su columna dominical “Pizarrón”, creada en 1946, cuyos originales, así llueva, truene o relampaguee, los ha recibido el diario con toda puntualidad, bien estuviera él en París, que allá va en vacaciones todos los años a conversar en los cafés al aire libre con sus amigos de juventud veinteañera Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier, o visitando los museos de Roma, o en viaje por la India, predio este donde le surge la pregunta: ¿por qué la tradición hace que al Ganges los hindúes lo consideren río sagrado cuando en muchas partes ellos mismos lo han convertido en una sucia charca? Tales pasadas las ha referido mediante la visión objetiva de la crónica, que buen ojo tiene para ella, género ese del periodismo que él matiza con pinceladas literarias. Esas reuniones en París con sus amigos Asturias y Carpentier las mantiene y jamás le serían perturbadas ni aun por las diferencias ideológicas o políticas o de cualquier otro orden que entre los tres pudiere haber. Y las hubo. En uno de sus últimos encuentros con ellos, Carpentier es embajador en Francia de la Cuba de Fidel Castro, con la cual en nada tiene Uslar afinidades. Le oigo decir, como respondiendo a una pregunta incómoda:

—Ya, en cuanto a eso de la Revolución cubana, lo vi muy apagado, con menos entusiasmo.

Carpentier se ha residenciado en Caracas. Difícil es precisar si exiliado o autoexiliado, cuando Cuba, su patria, está bajo el mando militarista del sargento Fulgencio Batista. Ingresó en la Junta Directiva de la publicidad ARS, llevado de la mano por el propietario de la empresa Carlos Eduardo Frías, fiel amigo, donde en igual nivel ya está Arturo Uslar. Al ser derrocado Fulgencio Batista, Carpentier decide regresar a Cuba, la que, librada del puño fachista-derechista de este sargento, cae bajo el puño fachista-izquierdista de Fidel Castro, autodenominado ahora *Comandante*, un rango militar que en el caso se atribuyen los autollamados *revolucionarios*, pues teniente sería poco y general mucho, y quien para cuadrar esa imagen circunstancial ostenta un uniforme verde oliva y más pobladas barbas, porque un gran caudillo guerrillero latinoamericano sin grandes barbas de chivato presto a embestir, no es un jefe total. ¿Quién, a un afeitadito perfumado seguiría por entre barrancos, arboledas, bejucos, lagartijas, echando y recibiendo plomo del enemigo? El jefe debe tener un aspecto feroz que al rompe le augure la muerte al adversario, hablar en tono imperioso, como lo haría quien supone capitanear legiones así no sean más que cuatro pelagatos. Ello conforme a la doctrina del jefe *Capetón*. Y manejar con destreza la *coba*, en lo cual Castro es maestro en grado *summa cum laude*, cuando en la mano le cae un tonto útil capturado con el viejísimo y más que sobado cuento de la revolución social, invento que proviene de no menos de quinientos años antes de Cristo, toda vez que ya figura en una comedia del aristocratizante Aristófanes, cuyos dramas, y así toda la literatura griega, tiene permanencia porque si bien allí estaba la fantasía extraterrestre de los dioses que guiaban el destino de la Tierra reflejada en los oráculos, igual por algún lado mostraba la realidad social. Los griegos no perdían pie.

Estos pretendidos revolucionarios, que no son otra cosa que fanáticos creados por el energético deseo de mando, traen su correspondiente *bla, bla, bla*. Es indispensable la fanfarria populista. Sin fanfarria cualquier causa que se anuncie como revolucionaria luce incompleta, pues para disponer de tontos que te sigan y hasta mueran por tu causa, es indispensable no sólo que pidas equidad social para la colectividad, que ya eso, por ser jóvenes les palpita en la sangre, y hace que la causa sea una justa causa, en tanto que a otros el caudillo necesitará hacerlos tragar algo más grueso: digamos estimular el apetito de la envidia contra todos los ricos por su dinero y propiedades bien o mal habidas. El rico es malo y el pobre es bueno. Y con ese cargamento de tontos útiles, y el indispensable de vivos útiles, el caudillo

disfrutará el sueño venturoso de las felicidades. Adelante va la fanfarria que lo justifica todo: *¡Ésta es una revolución para acabar con la pobreza sembrada por el imperialismo!*

Dentro de la cuadratura física del caudillo de tales niveles, y ésta es la de Fidel Castro, a su imagen más ayuda un imperioso habano de esos que apesantan y casi es necesario agarrarlos con toda la mano, en contraste con un delicado cigarrillo aromático sostenido en la punta de los dedos. Con el empaque de jefe rudo lo vimos de cerca en Caracas el año 59, y le formulamos unas cuantas preguntas que respondió con el argumento que extrajo de su arsenal palabrero:

—El imperialismo es culpable de todo.

A ello le solté otra pregunta que se colgó en el aire y cuya respuesta, y a su propia manera por supuesto, se la escuchamos tiempo adelante a don Arturo Uslar al comentarle dicha entrevista con el famoso barbudo:

—¿Y nosotros qué hacemos para contrarrestar los excesos de ese imperialismo?

Habita Carpentier entonces en la urbanización Alta Florida, de Caracas, en una casa propiedad de Inocente Palacios, del círculo burgués de sus amigos entendidos en arte. Allí, en esa quinta estilo neocolonial, cerca de las frescas verduras del monte Ávila, voy a entrevistarle para la Página de Arte de *El Nacional*, con ocasión de haber fallecido en forma repentina el actor Tyrone Power, quien andaba en los preparativos para llevarle al cine de Hollywood su novela *Los pasos perdidos*. En esa ocasión, y así está publicado, noto el gran entusiasmo de Carpentier por este proyecto. Me habla de la calidad artística del famoso actor, al cual, debido a su estampa física se le considera universalmente situado como galán frívolo, siendo que a la verdad tiene sólida escuela. Es un triunfador —me dice— a la vez en los dos campos sustanciales del cine: uno, como actor de cultivado talento escénico, que le viene por la familia y, otro, por su figura de galán. Igual, con la mejor voz recita un pasaje de Shakespeare que maneja la espada como los mosqueteros de Alejandro Dumás.

—Sus padres —expresa Carpentier— hicieron teatro clásico en Broodway.

En esas gestiones cinematográficas ha viajado a Estados Unidos en diversas ocasiones, y allá conversa con él, con el guionista y con el director, en torno a los pormenores de la obra fílmica.

Tuve alguna mayor cercanía con Alejo cuando fui redactor en la referida sección de Arte, dirigida por José Ratto Ciarlo, profesional especializado y persona de esas que el afecto hacia ellas te va creciendo con los años. A esa redacción Carpentier llega puntualmente todos los días a la una de la tarde, toma cualquier máquina de escribir a esa hora desocupada, en ocasiones la de mi uso, y en un dos por tres despacha un sólido comentario en torno a la influencia de Mondrián en la pintura moderna o, siendo su especialidad la música, reporta cómo, a su juicio, había actuado en Caracas el pianista Arturo Rubinstein.

Alejo, de madre rusa y padre francés, de quien le viene un enorme rostro de catador de buenos vinos, rostro muy seriesote, iluminado si algo le hace gracia por una indetenible carcajada que se lo pinta de rojo tomate; y entonces aparece el Carpentier cubano, dicharachero, para soltar chistes o anécdotas que suele referir. De ellos traigo al presente que a una dama muy apreciada en Caracas la lengua se le trabuca y le hace soltar algo diferente a lo que intenta decir. A su manera él me reproduce un diálogo de esta simpática dama, muy estimada por sus dotes gentiles, con otra que le conversa en torno a la presentación del pianista Arturo Rubinstein:

—¿Y cómo te pareció, Anita, el concierto?

—Querida: ¡ese Arturo Frankenstein es formidable! Muy rápido por las manos.

—¿Ha podido hacer mejor carrera como carterista?

—Sí; creo que equivocó su destinatario.

—¿Has visto Anita que están construyendo en Sabana Grande un enorme edificio de quince pisos inspirado en la arquitectura de Le Courboisier.

—Sí, querida. Las curbaturas están bien logradas.

—¿Entonces está bien construido?

—Es perfecto. Este martes 13 cayó un albañil desde la azotea y quedó inédito.

—¿Prefieres el café con leche o negro?

—A mí me es inverosímil.

De cuando en cuando escribe notas de humor para *El Morrocoy Azul*. De este modo, al hacerse coloquial aparece un Alejo Carpentier cercano, que por nada es el adusto autor de *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces*, obras del realismo literario afianzado en la visión sociológica, desnuda y poco emotiva, donde aparecen personajes y ambientes populistas, muy propios del platanero subdesarrollo latinoamericano. Con un sentido de responsabilidad ciudadana, está cumpliendo Alejo Carpentier con que su obra sea de utilidad inmediata. Como periodista, su figura se hace familiar en el diario. El compañero de redacción Augusto Hernández, al preguntarle alguien por él, indica:

—Debe estar por aquellos lados. Es uno grandote, cuadradote, como para manejar una gandola de tres platabandas.

Habitualmente, Arturo Uslar muestra una actitud que lo hace lucir impenetrable; pero su personalidad ofrece una fase flexible que de algún modo lo une con el Alejo dicharachero, y con Miguel Ángel Asturias, quien sería Premio Nobel en Literatura y también es amigo de la risa, no obstante la seriedad mostrada en sus fotografías. Asturias en París, cuando comparten mocedades estudiantiles con otros famosos en la década de los veinte, y ambos cuentan sólo unos veintitantos años, le logra que en España un editor le publique *Las lanzas coloradas*. Hubo entre ambos para siempre una amistad poblada de cordialidades. En *El Nacional* Uslar publica, y también le oigo comentarlo con variaciones, que Asturias, desde cuando llegó a Francia, estuvo estudiando francés en empecinada preparación para ingresar en la universidad. El primer día de clases, presumiendo contar ya con una lengua perfectamente pulida, como si hubiese nacido al pie de la torre Eiffel, y además con el objeto de impresionar al profesor, le entra con un galimatías verbal que, transcrito con la más caritativa voluntad, es algo así:

*—Boun jure, mounsiieur le profeseur, ¿com tale a usted hoy morning?
¿Biem saubrosser de Pariggi is? ¿No out?*

A lo cual habría respondido con admiración el profesor, en absoluto castellano:

—¡Caracoles! No sabía cuán hermosa es la lengua guatemalteca!

“Pizarrón” en viaje internacional

A don Arturo esta columna, “Pizarrón”, simultáneamente se la reproducen más de un centenar de diarios de habla hispana, por lo cual es de pensar que la leerán millares y millares de lectores. Les llega distribuida por la agencia France Press. Antes lo hizo la agencia Ala. Por supuesto, tratan temas de interés universal. Van, igual, sus relatos de viajes. En ellos está esa floración imaginativa que don Mariano Picón Salas le destaca en el prólogo que le hace para su libro *Las Nubes*:

El Arturo y acaso el Uslar pudieran llevar a nuestro escritor por esas comarcas de puro ensueño, por ese paisaje entre caballescico y ojival que él ha interpretado en algunos de sus más bellos poemas en prosa de su reciente libro Las visiones del camino.⁷

Don Mariano deja ver la transpolación hacia lo poético que en ocasiones desliza Uslar en la prosa. ¿Era poeta? Digamos que es el otro aspecto suyo, esencial en su caso. A partir del año 32 han comenzado a visitarlo las musas. Cuenta veintiséis de edad. En su poema “Adagio” le despunta el novedoso vanguardismo, con algo de trasfondo clásico. De ella, esta variada muestra de atrevidas imágenes que vibran en un aire traslúcido:

*En cualquiera de las etapas de cien lunas
Para llegar a la música de la noche
Surge un árbol de agua
Que tiembla y brilla transparente
De una fiebre sin sombra
Para la triste hora del cielo
Ausente
Cuando las mujeres saben a almendra
Y para la cordura sobran diez palabras obstinadas.⁸*

Tal se observa, es una poesía sustentada más en ese propio cantar que ya en sí traen las palabras y las cuales armonizan en el conjunto de la oración

7. Arturo Uslar Pietri, *Las nubes*, Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, Caracas (con Prólogo de Mariano Picón Salas), 1951, p. 9.

8. *Manoa*, Editorial Arte, Caracas, 1972, pp. 67-68.

total. Uslar, que nace poeta, hubo de esperar la vanguardia para no tener que cantarle al chirulí o a la novia de la ventana. No será quien a estas alturas del siglo aparezca escribiendo versos al estilo de Pérez Bonalde. Publica esos poemas, *Manoa*, décadas después de cuando han entrado los vanguardistas y sus atrevimientos. Tampoco a esa corriente se plegará del todo. Es parte de un nostálgico evocar esa fiesta del tiempo no totalmente ida, sino detenida vibración en el viento.

Es una poesía propia de su tipo de cultura. Debido a ella, él, Arturo Uslar Pietri, resulta señorial, a distancia; no obstante demostrar en ocasiones, y sólo en ocasiones, una impresionante sencillez. Puedo recordar que a mi mesa de trabajo llega, enviada por alguien, la copia de una página suya, recientemente publicada en el diario, con marcas indicativas al margen donde el remitente le hace observaciones. De inmediato se la entrego. En los verbos el audaz espontáneo le precisa la diferencia entre los transitivos y los intransitivos; le detalla lo que es un pronombre proclítico y un enclítico, le explica la importancia retórica de instrumentar el gerundio en lugar del participio, todo ello como lo recomiendan Andrés Bello, la Real Academia de la Lengua y demás autoridades. El primoroso texto está bien apuntadito y con flechitas indicativas que van y vienen para que por allí el escritor esté bien orientado y pueda mejorar su estilo. Un generoso posgrado.

Pues en lugar de remitir a donde ya sabemos al gramatólogo, toma pacientemente la máquina de escribir y punto por punto le elabora y remite una respuesta minuciosa, con un añadido en el que le testifica su agradecimiento.

Amargos tragos te hará sorber la vida

Invitado a una charla en la Escuela de Letras de la UCV, en la cual estudiaba yo entonces, me solicita que le acompañe. Era yo en *El Nacional* su coordinador en una sección de opinión, C-1, responsabilidad que desempeñé durante los cuatro años en que él ejerció la dirección. A ese acto iré con él y regresaré con él. A la mitad de su exposición comienzan unos rumores y unas claras perturbaciones verbales, acentuadas en la medida en que avanza su exposición. Quienes hacen la trastada están en la sombra; no dan la cara. No llegan a más porque habrían tenido que salir al frente y no se atreven toda vez que en bloque los estudiantes de la Escuela, y unos cuantos de

otras facultades, lo rodean para protegerlo. Estando allí por invitación, Uslar es un huésped. Eso, dentro de las normas de urbanidad, tiene un fuero especial. Por supuesto, hay que ser gente para entender tales finuras.

A nuestro grupo lo encabeza Orlando Araujo, director de la Escuela de Letras, quien llegado un momento dice: “¡Vamos!”. En torno a Uslar se hace una cadena frontal. Una barrera de choque. Cuando desde esa segunda planta el bloque desciende hacia la salida por la rampa, en marcha lenta, decorosa, emerge a través de la baranda una de esas manos ocultas y, en forma tal agarra a uno de los estudiantes por su abundante afro cabellera, que le hace abrir los ojos en forma desmesurada, mientras otros de los cayaperos, igualmente semiescondidos, atropellan al estudiante Bruno Mannara.

La marcha no se detiene. Al frente, abriendo paso, continúa Orlando Araujo con su coraje trujillano. Mas no todo resulta desagradable. Veo cuando uno de los cayaperos recibe un puñetazo al abrir su boca de tontuelo útil que vocifera insolencias. Alguien grita:

¡La Universidad no es un arrabal!

Llevándolo protegido, la marcha prosigue hacia la Plaza del Rectorado, donde lo espera el automóvil de *El Nacional*. Va sereno. Domina la situación. Hasta el final veo, entre otros cuyos nombres no me ha sido posible recordar, a los estudiantes Eleazar León, Elí Galindo y a una que otra de las muchachas del curso, de las cuales creo haber visto a Mercedes Franco, María Fernanda Palacios, Hanni Ossot, Mariana Otero Castillo, María Beatriz Medina y a otras musas de nuestra Escuela, cuyos rostros, pero no sus nombres, me vienen al momento. En ese grupo camina el oficial del ejército Emilio Arévalo, cursante de Letras, nieto del general Arévalo Cedeño. Asiste trajeado de civil a las clases y, en ese momento, cubriendo discretamente su condición de militar, camina en uno de los dos lados frontales. No dentro de la pelotera. Mantiene la mano derecha en el bolsillo del pantalón. En medio del murmurio alguien me dice, no sé ahora si Elí o Eleazar, que allí, discretamente, lleva la pistola. Llegamos al automóvil. Junto a la puerta del chofer se sitúa firme, alerta, el alumno César Díaz. Ese tumultuoso trayecto ha sido de unos trescientos metros por entre salones, pasillos y campo abierto. Ya en la plaza del Rectorado, iniciando el regreso a *El Nacional*, tomo

asiento al lado del conductor y, viendo hacia donde hay menos tumulto, le digo:

—*Mejor siga por aquí. Pero don Arturo me corta la expresión para decirle:*

—*¡No; métase por este otro lado!* E indica ir hacia el foco de la cayapa.

Jamás me ocupé de averiguar quiénes eran y porqué escenificaron ese lamentable papel de necios útiles. La triste historia es que regularmente tal tipo de fulanos, al egresar de la Universidad, entierran su fiero corazón revolucionario en una de las puertas de salida, sea la Norte hacia el Ávila o la Sur de las Tres Gracias, y desde ese momento llegan al convencimiento, craneando hacia la burocracia, de que Betancourt es un hombre de izquierda, de voz agradable, y que, contrario a lo que antes han dicho, Rafael Caldera no es conservador social cristiano, que Carlos Andrés Pérez no es calvo sino que el fuego del talento le ha devorado los cabellos. Y se dedican, olvidando esos momentos calificados por ellos mismos como locuras juveniles, a chupar con dos pitillos en el sistema capitalista que ahora les llega con sabor a caramelo y frutas de Galipán.

Hay antecedentes. Ese salto de trampolín acrobático lo dieron unos cuantos de las generaciones del año 28 y del año 36. Es historia.

Al llegar al diario me repite lo que me ha dicho, ya de regreso, al subirnos al automóvil de *El Nacional*:

Esto fue una emboscada.

Y yo me permito expresarle mi opinión:

No lo creo así, don Arturo; me parece que, en verdad, ha sido algo intencional, pero un tanto improvisado.

Corrido el tiempo, digamos hoy, teniendo una idea más clara de hasta dónde pueden llegar las ondas de algún subyacente resentimiento, y, en este caso específico de la envidia, taimada serpiente, pienso que le respondería:

—*Sí; ésa fue tal vez, don Arturo, una emboscada.*

Como entre los gritos, que son los mismos gritos con que le habían acosado en un frustrado acto en el Aula Magna donde él participaría con el profesor Mariano Picón Salas, estaban los de “¡pro imperialista!”, “¡entreguista del petróleo!”, me comenta:

—Debo decir que he tenido una actitud discreta y no delirante pero sí firme frente a ese capitalismo cuando éste ha podido causarle a nuestro país algún daño y tampoco jamás he ido a recepciones ni a invitaciones privadas o colectivas, por caso, hechas por algún petrolero, si en ese sentido van las referencias. Por ese lado no están mis amistades. Es más, el gobierno del general Medina, en el cual fui secretario de la Presidencia, fue el que se atrevió a iniciar la trascendental reforma petrolera.

Un tanto por actitud personal y otra tal vez para contrarrestar la forma como estaba viéndolo determinado sector político universitario, le llevan a escribir en *El Nacional*, siendo director, una especie de declaración de principios bajo el título “La universidad y la revolución”, en cuyo texto divide las dos actitudes que en la alta casa de estudios están presentes: la revolución en la universidad y la universidad en la revolución. De una vez desecha con argumentos la primera por estimar que desvirtúa la función específica de la institución y es una torpe manera de utilizarla para insinceros fines políticos.

De ese modo es —dirá—:

...un desesperado e irracional propósito de hacer, simbólica destructivamente, una especie de asalto a la institución universitaria con lo que no llega a ser ni revolución ni universidad. (...) en cambio, la idea de la universidad en la revolución sí tiene sentido. Todo hombre que piense con seriedad en que el mundo tiene que progresar, concluirá en que el progreso se ha hecho a base de herejías, en que la civilización se ha hecho con gentes que han encontrado nuevas verdades o que las han buscado desesperadamente, tiene que admitir que el gran instrumento de cambio y de progreso del hombre es el saber, no es el puño, no es el grito, no es el golpe, no es el arma, es la cabeza, es el saber, es el conocimiento el que ha hecho que el mundo se transforme y esto y no lo otro lo que ha estado detrás de todas las grandes revoluciones.

Y en el mismo texto, al transcribir una charla suya en televisión, va en modo más directo al punto que algo ha debido tener con el repudiable acontecimiento que fue su referida presentación en la Facultad de Humanidades:

(...) Hacer la revolución en la universidad es relativamente fácil y puede consistir sencillamente en impedir que la universidad funcione, en hacer manifestaciones violentas, en interrumpir el curso de la enseñanza... Esto sería la revolución en la universidad...⁹

Esas agresiones a Uslar en el espacio de la Universidad, promovidas por quienes entre trago y trago heroicamente combatían al imperialismo desde los placenteros cafetines de Sabana Grande, tienen doble relieve: uno, que el mismo hecho cayapero es de por sí abominable y, otro, que él fue el principal mentor de la política del presidente Isaías Medina Angarita, a quien precisamente se debe la construcción de esa Ciudad Universitaria, en cuya UCV se escenifica el atropello. Y conviene tener presente que no fue fácil conseguir tanto el espacio como el dinero para adquirirlo. Entre las opciones, al comienzo se pensó en los terrenos del parque El Pinar y en otros, por los lados de Anauco y Gamboa, cercanos a el Ávila. La obra estuvo paralizada, o casi, durante todo el régimen de Acción Democrática y en buena parte adelantada por la dictadura de la Junta Militar, ya bajo el mando del general Pérez Jiménez, quien vio la ocasión de utilizarla como relumbrón dentro de su régimen militarista que llevaba por delante como fanfarria, y apenas era un pelado militarismo, su proclamado “Nuevo Ideal Nacional”. Unos cuantos despistados, o intencionados, le atribuyen la obra total.

Es así por lo que, debido a la ignorancia traída por una incompleta información, al dictador se le concede alegremente todo el mérito. Remitiéndonos al académico don Ildefonso Leal, cronista de la Universidad Central, es el presidente Isaías Medina Angarita quien concibe la Ciudad Universitaria y la crea por Decreto, el N° 196, del 2 de octubre de 1943, y a la par el Instituto que habría de manejar este proyecto, activamente promovido por el rector Antonio José Castillo. Al arquitecto Carlos Raúl Villanueva se le solicita llevar a los planos la visión estructural y artística de la obra y proceder a su realización inmediata. Basta tener en cuenta, para estimar la calidad lograda, que sería consagrada por la Unesco en el nivel de Patrimonio Cultural de la Humanidad. Cierto es que la dictadura del general Pérez Jiménez prosiguió esta obra que Medina promovió, echó a caminar y dejó con adelantos de tal dimensión como una infraestructura de movimientos totales de tierras, ingresos de aguas potables, avenidas, gran sistema para el desalojo de

9. Arturo Uslar Pietri, “La universidad y la revolución”, *El Nacional*, Caracas, suplemento “7° Día”, 11 de marzo de 1973.

las aguas negras y algunos edificios en plena construcción, todo al punto de que, precisamente el cierre de *El Nacional* a que lo somete la dictadura, ocurre cuando al inaugurar el Estadium Olímpico, hecho que refiero páginas adelante, aparece publicada en páginas de deportes la interpolación donde sorpresivamente los integrantes de la junta dictatorial integrada por el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud, quien la preside, y Marcos Pérez Jiménez, Luis Felipe Llovera Páez, son mencionados de esta manera:

En sencilla —pero emotiva ceremonia—, con asistencia de la Junta Militar se procedió a plantar, a clavar en los terrenos escogidos, el primer pilote de lo que ha de ser la gigantesca construcción de tribunas, campos, pistas, vestuarios y demás accesorios del Estadium Olímpico. Presentes estaban los tres cochinitos de la Junta.¹⁰

Al asociar la figura de Arturo Uslar Pietri al régimen del general Isaías Medina Angarita se debe saber que corrió con todos los infortunios del mandatario. Fue Medina el más cercano jefe de gobierno que ha tenido la llamada *izquierda*, no obstante antecedentes tales como el haber sido ministro de Guerra y Marina del presidente conservador López Contreras y, antes, jefe de la Guarnición de Maracay, entonces bastión personal del general Juan Vicente Gómez. Hemos referido que es él, Medina Angarita, a quien como jefe de la correspondiente zona militar enfrenta el movimiento estudiantil del año 28 que conspira e intenta la referida toma del Cuartel San Carlos (ver el capítulo de Antonio Arráiz de este trabajo).

A la especial influencia liberal centrista de Uslar, y de otros ciudadanos de ideas actualizadas, es atribuible que Medina, quien hasta entonces estuvo sumergido en la vida de cuartel, hubiese cambiado al punto de propiciar una reforma en el sistema legal para eliminar el inciso sexto y así fuese posible otorgarle la legalidad, y con ello salir a la luz del sol, el clandestino Partido Comunista de Venezuela junto con otras expansiones izquierdistas.

No se es revolucionario con sólo salir a la calle, autollamarse revolucionario y pedir con bullaranga de gritos la cabeza de los imperialistas; lo es, al fin de cuentas, quien conscientemente, y de modo cívico, firme, sin histeria

10. *El Nacional*, Caracas, 21 de abril de 1954.

calculada, se coloca en el riesgo de contribuir a contrarrestarles los excesos. De otro modo, es fanfarronería de la marramucia populista que al fin de cuentas favorece al imperialismo pues lo mantiene alerta. Resultan ser, de ese modo, colaboradores involuntarios. Es con los avances de la cultura global, y no con gritos de vivarachos oportunistas, como se logrará contener y evitar en forma definitiva tales atropellos internacionales. Pasó el feroz Teodoro Roosevelt y su garrote, como igual Foster Dulles con garrote y medio, pero allí estuvo, y no se debe olvidar en razón de lo dicho que los comunistas fueron amigos y aplaudieron al otro Roosevelt, Franklin Delano, y lo cantaron a toda voz cuando éste, mano a mano con la Unión Soviética, entonces faro mundial de la esperanza revolucionaria materialista, participa directamente a la cabeza de las naciones aliadas que baten al nazismo hitleriano, entonces unido en bloque al fascismo italiano y al también barbarismo de ese Japón imperial.

Hecho trascendente crear Sociología y Economía UCV

Dentro de ese ámbito universitario es impropio colocar de lado que Arturo Uslar Pietri, quien dedicó tiempo y conocimientos a ilustrar compatriotas, y ha sido factor inicial en la fundación de las escuelas de Economía y Sociología, la primera de ellas elevada hoy al rango de Facultad por ser disciplina conforme a la cual se admite de manera universalizada que es disparatado manejar un país con el rudimentario criterio de que si se acabaron las caraotas y el arroz y el maíz pues tráigame más caraotas, más arroz y más de ese maíz que necesito para hacer arepas, sino que ello ha de ser instrumentado con una elevada concepción orgánica de la marcha interior del esencial sistema económico que responde a una aldea, una nación y al mundo todo; y fue, ese mismo hecho creador de estudios sistematizados de ciencias sociales, que más pronto que tarde convencerá de que un país no es para que lo maneje desde la presidencia cualquier aventurero (que hemos tenido unos cuantos), pues fatalmente lo conducirán al caos y a la consiguiente ruina total. A las ciencias sociales converge todo el entramado de la complejísima ciencia de la vida colectiva, y de hecho la individual. Es el instrumento óptimo para separar la realidad de la fantasía. No existe hecho histórico, así sea la evolución del Mundo Antiguo, la vida y obra de Jesucristo, la agresividad de nuestros indios caribes o la llegada de Cristóbal Colón, avanzada conquistadora de la monarquía absoluta, como así mismo la salida de ese sistema mediante las armas, que pueda ser cabalmente interpretado sin ese primario recurso técnico-científico.

La historia nos documenta respecto a lo que ocurrió y la sociología te explica el por qué ocurrió. Ella está en todo. Hasta en por cuál motivo le ponemos ajo y comino a la sopa, y al guarapo su tanto de canela, que para ello tiene explicación. Tan menudos elementos, y viene al caso decirlo porque a la luz de la sociología son importantes, están en el motivo primario, tal el caso del descubrimiento de América por Cristóbal Colón y sus europeos, pues salen ellos de sus puertos a buscar, y veamos cuán menudo y frívolo luce tal detalle, una ruta oceánica más práctica para traer la canela y la pimienta. Es un sistema de cirugía explorativa que te permite despejar, y poner en un lado las musarañas y en otro la realidad auténtica, y por esa vía pragmática te convence de que los humanos estamos más cerca —y de allí su eficacia analítica—, de la naturaleza primitiva, selvática, de lo que podríamos suponer. A tal certeza podríamos llegar al acercamos, por caso, a las obras del premio nobel Maurice Maeterlinck, digamos *La vida de las abejas* o *La vida de las hormigas* o *La inteligencia de las flores*, para citar sólo tres referencias en las cuales es posible comprobar que las leyes del orden universal nos vienen del mismo reino animal y vegetal y que no es posible contrariarlas a contracorriente, y sólo adaptarlas y tal vez canalizarlas. Útil de igual modo habría sido que Maeterlinck hubiese escrito *la vida de los monos humanoides*.

Angelicales izquierdistas y satanizados derechistas

Notorios aportes a nuestro país trajo la sociología, disciplina en cuya base nos encontramos, podríamos decir, con precursores idealistas y positivistas. Precisamente, debido a esas ideas dispersas, cualquier palurdo se hacía llamar sociólogo. Aquí será dignificada en categoría por la sistematización universitaria. Llega con retraso, un siglo después desde cuando sus iniciadores recogen tales ideas y le dan organicidad, entre ellos Augusto Comte, quien le incorpora en París las raíces académicas, más de un siglo antes que nuestra Universidad Central. Infortunio nuestro. La sociología viene a ser la ciencia de la vida colectiva, e individual de hecho, y hasta puede alguien, con el uso instrumental de sus mecanismos, acercarse a buscar, al menos explicaciones, a la mismísima rebelión de los ángeles celestes. Mediante tal disciplina resulta posible llegar a conclusiones dentro de la historia y caminar en tierra firme. Afina los criterios. De ese modo será, en política, una ciencia mata-bicharracos. Por algo proviene del positivismo y sus dos y dos son cuatro y no más. Don Arturo me comenta:

—Designado ministro de Educación por el presidente López Contreras, entre mis acciones iniciales estuvo crear por decreto la Escuela de Ciencias Económicas y Sociales en la Universidad Central. Habíamos columbrado lo que esa institución significaría en la estructuración del país moderno.

En reconocimiento a ése y otros méritos, como el haber sido propulsor esencial en el gobierno del general Medina Angarita de la construcción de la Ciudad Universitaria (UCV), hoy declarada, (hemos anotado), Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas, que años adelante la Universidad Central de Venezuela (UCV) le concede la distinción de *Profesor Honorario*. Innecesario decir que Arturo Uslar Pietri no fue un izquierdista, especie de blasón social inmarcesible que se han inventado algunos aventureros, a tiempo de llamar derechistas reaccionarios a sus oponentes. Creo que fue Lenin quien dijo que a fuerza de ir por la izquierda descontrolada se le da la vuelta al globo hasta llegar a la derecha. Es, añadimos, donde se encuentran comunismo y fascismo. Arturo Uslar se autocalifica dentro de auténticas ideas liberales que él atribuye a sus antepasados. Un cuerpo de doctrina y no un enchapado político. En ese orden habría sido liberal institucionalista Fermín Toro, de militancia dentro del llamado conservatismo político y con utopías de socialismo cristiano en la cabeza, mientras no lo habría sido Antonio Leocadio Guzmán, quien se exhibía como liberal avanzado por ser un comecuras y haber fundado el aparato populista que bautizó como *liberal*, con las ideas (digamos mañas) que, interpretando la referencia de Bolívar, en carta para Santander, trajo de España; ni lo sería Ezequiel Zamora, pues ambos, deslastrados de toda estructura ideológica y de la necesaria sensibilidad social, sólo iban en busca del poder a lo ancho en un callejón entre los derechistas y los izquierdosos. Alegremente, se les califica como liberales debido a que destacan mezclados dentro de un batiburri- llo de situaciones e ideas flexibles movidas, a conveniencia, de un lado a otro. ¿Hombres de izquierda? No; tal vez apenas eran zurdos. Estaban dentro de un falso liberalismo caracterizado por egoísta, grueso, burrero, y por nada ideológico. Sólo era una desflecada bandera populista. Muestra de que aquello era un parapeto sin ideas ni convicciones, es que el propio Antonio Leocadio, y valga repetirlo, al verse constreñido a precisar la propia situación, después de la desastrosa guerra federal, expresó con el mayor despar- pajo: *Si ellos hubieran dicho Centralismo, nosotros habríamos dicho Federación*. A lo cual es de preguntarle ante tanto cinismo: ¿Acaso es poca cosa la matazón que debido a tan falsas posiciones allí hubo?

Esa posición liberal de Uslar, tomando aquí el término con el simple sentido de quien respeta el modo de pensar ajeno, su esencia, fue consagrado de ese modo por el Siglo de las Luces, es notoria en sus actuaciones como funcionario en los referidos regímenes de López Contreras y de Medina Angarita y en la dirección de *El Nacional*. En cuanto a la economía de Venezuela, el tiempo demuestra que a ésta le convino su actitud, que no por prudente respecto al petróleo dejó de ser activamente reformadora. No es veraz quien más grita sino quien más realiza. La sabia voz del Evangelio proclama que a los humanos los conocemos no por lo que dicen sino por lo que hacen. Sus obras. La palabra viene a ser igual a la capa burladora del torero en su juego maula con el toro.

La frase de Uslar: *Hay que sembrar el petróleo*, publicada en uno de los editoriales que escribe para el diario *Ahora*, en 1936, digamos exactamente hace setenta y dos años, continúa siendo una permanente clarinada de alerta, y más todavía, un llamado a la conciencia frente a la jacarandosa forma como se dilapida ese ingreso caído del cielo y ante el cual hemos venido actuando los venezolanos con la frivolidad del menesteroso que en el medio de la calle se encuentra un primer premio de lotería navideña.

Buen ejemplo tampoco recibimos de quienes no sembraron el oro de América

Si no voy mal orientado, alguien dijo en la España imperial que era necesario *sembrar el oro de América*, lo cual no hizo y para esa riqueza ella fue, antes bien, un lugar de paso hacia los demás países de Europa. El histórico editorial de Uslar muestra dos caminos: o ése o el despeñadero. Destino trazado por nuestro subdesarrollo cultural.

Tal vemos, de ese modo contribuyó Arturo Uslar a darle un primer plano a la idea de que el petróleo ha de ser, antes de todo, el factor dinámico de nuestro desarrollo. ¿Cuál otro país ha recibido tamaña bendición en América Latina? No ha sido una simple cosecha. De otro modo es menospreciado. En esa irracionalidad absurda estamos, al continuar teniéndolo en tan bajo nivel de aprecio que nuestros aborígenes pobladores de Cubagua, por considerarlo un simple pegote, lo llamaban *el excremento del Diablo*, tal así, en su *Historia general de Indias*, lo recoge Gonzalo Fernández de Oviedo, el primer cronista

que tuvieron estos mares y tierras. Por ser caballero y plumario, Fernández de Oviedo ha debido considerar que resultaba elegante ponerlo en lengua clásica y lo transcribe como *stercus demoni*, que no suena igual. Esto fue en 1535, a los cuarenta y tres años de la llegada de Cristóbal Colón, por lo que el providencial petróleo vino a la mano en los niveles predesarrollados de la nueva civilización, pues de él se servían los indígenas para calafatear sus canoas y los piratas sus barcos.

Dentro de su conciencia primitiva, los aborígenes le daban al petróleo su entonces exacta utilidad, lo cual ahora queda por debajo, al ser tenido en la economía nacional, aun con otras dimensiones, como un simple pegote remendador de canoas y no, tal en verdad sería, una bendición especial para el país enviada del Cielo, una fuerza dionisiaca de transformación, descomunal energía que canalizada sensatamente habría desarrollado al país y no, tal ocurre, en poco más que *stercus* para los bachacos. Pienso que por esos lados trata de alertarnos la frase de Arturo Uslar Pietri. Sólo que nuestro nivel cultural continúa estando por debajo de lo necesario. En déficit crónico. Lo tenemos en un mismo nivel de criterio que los indígenas, lo cual en ellos, pero no en nosotros, puede ser explicado en modo racional. No hemos entendido que el petróleo es para utilizarlo como el más gigantesco factor de desarrollo y no simplemente destinarlo para calafatear la canoa de la miseria inmediata.

Este aspecto de nuestra historia es tan estafalario que bien permite verlo en forma risueña, como, y viene doblemente al caso, humor negro. No hemos sembrado el petróleo, como tampoco España sembró el oro de América. Lo disiparon sus reyes en perfumes, trajes, palacios, carruajes y demás perendengues y guilindajos, aparte de las inmensas cantidades invertidas en guerras de conquista. La utilidad colectiva se la dieron al refinarlo para extraerle kerosene y con él alimentar lámparas para el alumbrado de casas y calles. Igual traigamos a cuento que por orden de la reina Juana (groseramente llamada Juana la Loca) se le llevó a su palacio imperial en Madrid, desde Cubagua, una determinada cantidad que especialmente ordenó ella para frotarle a su joven hijo, el príncipe Carlos, las piernas, los brazos y las coyunturas, como medicina contra la gota. No podríamos establecer si con tan exquisitas cataplasmas los galenos le curaron al Príncipe la dolencia, pero sí es evidente que no lo mataron, porque resultó tan fortificado que sobre su cabeza pudo llevar simultáneamente las dos más pesadas coronas de su tiempo: una, como Carlos I rey de España y otra como Carlos V de Alemania. ¿Octanaje tan alto contenía el *stercus demoni*? Sería necesario averiguar de qué se alimenta

este caballero tan de la nobleza que ha sido llamado el *Príncipe de las Tinieblas*. Menos mal que se quedó en príncipe y no ha llegado a rey.

A Carlos V, emperador y rey, lo tipifica Tiziano con armadura de guerrero sereno, conquistador, con un tanto de gallardo bailarín flamenco. Lo cortés no quita lo valiente. No muestra poderío pero sí confianza en sí mismo. Y a la verdad que hubo de necesitar coraje para llevar al mismo tiempo la corona del Imperio español y la del Sacro Imperio romano germánico. Aparentemente fatigado este monarca concluyó, y pensemos que la Loca era la Reina y no él, en encerrarse en el monasterio de Yuste para desde allí continuar gobernando a través de su hermano. Marramucia. Y de por vida. Ya vemos hasta dónde lo llevó engañado el proteínico *stercus*.

De tal modo que regresando a la formalidad de nuestro relato, al chicloso petróleo, con todo y casi cinco siglos transcurridos, debido a nuestra subdesarrollada mentalidad aborigen, apenas le hemos bien aprovechado, sembrado industrialmente, y valga la referencia, en un calafateo de canoas y en repararle a los piratas el barco. Digamos, y ésa parece ser la filosofía de lo útil inmediato, del agarrar hoy que mañana ya veremos, como aquella posición filosófica del Renacimiento: *comamos y bebamos que mañana moriremos*, la cual aún lo alienta, pero no, y en absoluto, para lo que más vale: su potencial como factor de desarrollo económico y correspondientemente cultural que a eso, entiendo, se refería Uslar. Por no crear productos terminados a través de una conveniente derivación petroquímica, en poco nos diferenciamos de aquellos mismos aborígenes que a Colón le cambiaban las valiosísimas perlas marinas por espejitos y otras chatarras.

Así, que no lo hemos resembrado. ¿Culpa de quién? Nuestros ignaros gobernantes no han estado a la altura para aprovechar, tal ocurrió en España, ese primer premio de la lotería que la fortuna nos llevó a encontrar en el medio de la calle.

Respecto a las críticas recibidas por Arturo Uslar a lo largo de su vida bajo el argumento de que está en la línea política proimperio de las petroleras transnacionales, al hablarle del tema le oigo responder:

—Jamás he ido a recepciones o comidas, colectivas o privadas, con algún representante petrolero; y, más todavía, personalmente no cultivo amistad con alguno de ellos.

En el discurso pronunciado en Washington (1959), con motivo de inaugurar una estatua de Simón Bolívar, perfila su modo de ver en torno a esta misma línea de pensamiento en cuestiones de economía y de yugos extranjeros:

Todo lo que recuerde las caducas e inaceptables fórmulas del imperialismo no pueden servirnos para sembrar desconfianza y para alimentar la propaganda de los enemigos de Estados Unidos. No podemos aceptar complacidos una situación de dependencia económica, en beneficio principal de una sola de sus partes.¹¹

A difícil equilibrismo te obliga la vagarosa ideología liberal

Es la ruta que se traza en *El Nacional*. De los artículos escritos por quienes publican en sus páginas de opinión, y que en consulta le llevo antes de pasarlos al taller, jamás retuvo alguno por motivos ideológicos. Estimaba, sí, que la libertad de expresión no incluye la libertad para injuriar, destruir. Ha de ser para construir. La prensa debe ser libre pero como decente tribuna que propicie la discusión de las ideas y no para determinados contenidos que se han debido dejar en mejor sitio: el tarro de los desechos.

Respecto a propiamente los Estados Unidos recuerda siempre con agradecimiento su exilio en esa nación, que en sus comienzos no fue para él un tiempo fácil. En algún momento, por estrechez económica se vio en el trance de echarle mano a la pala para desplazar la nieve de invierno acumulada en el frente de la casa donde vivía en alquiler. No ponía jamás de lado que allá tuvo refugio y ocasión de ganar el sustento de la familia y el suyo propio. Con todo ello, y cumpliendo con su venezolanidad, mantuvo una serena prevención en torno a los perjuicios que internacionalmente pudiesen traernos las complejidades económicas de esa poderosa nación. Así, una de sus manchetas editoriales parodia la copla popular que se refiere a quien con real y medio compró y vendió una chiva y siempre se quedó con su real y medio:

11. Arturo Uslar Pietri, *Oraciones para despertar*, Ediciones Cuatricentenario de Caracas, Concejo Municipal, 1967, p. 25.

*Con dólar y medio compré una chiva,
se llevan la chiva y venden la chiva.*¹²

Cuando viene a ocupar la dirección de *El Nacional*, Uslar ha estado ligado a diarios políticos, como lo fue *Ahora* en sus primeros días, y ha ejercido más de cuarenta años el periodismo de opinión, veintiséis de los cuales escribiendo semanalmente su columna “Pizarrón” y publicando artículos en la prensa internacional a través de las agencias AP y ALA. En el periodismo informativo, cuando tiene que afrontar situaciones concretas, y ordenar encuestas, entrevistas, reportajes, muestra la ponderación que ha de tener un juez togado, lo cual es diferente al tono fogoso, de polémica frontal que predomina en sus artículos, donde siempre hay un fragor de batallas. En esos escritos calientes habrá siempre alguna tesis que defiende con toda la necesaria energía retórica. Tal diferencia será debida en mucho a que su criterio político es el de un reformista. Por eso dirá (he referido): *Soy liberal y desciendo de una familia de liberales*. Debido a ese centrismo, la izquierda no le tuvo por gente suya, como a su vez tampoco los godos lo tuvieron por godo, pues no olvidarían su influencia en la eliminación de trabas a los comunistas y otros sectores de izquierda, como lo era el inciso sexto de la Constitución nacional, y para ellos todo lo que tuviera olor a izquierda es comunista. De esa manera, fue algo más que reformista en los gabinetes ministeriales de López y Medina.

A ello agrego, por cuenta propia, que estaría dentro del proyecto de un desarrollo económico y por ende social progresivo, sin paso atrás, calificado como *desarrollismo*, ideal si no fuera porque, al dispendiar sus energías en excesos de liberalidades, queda en poco. Un fiado a largo plazo. Y en ese orden de tolerancias, en el momento de solicitarle pase al taller a una entrevista cuyos contenidos el jefe de Información le mostraba en consulta, le dice al autor, presente, que se guíe por la frase clásica del mundo antiguo, un tanto mística, que con primorosa letra grande vio dibujada en una de las paredes centenarias del Museo Colonial derribado por el régimen del general Marcos Pérez Jiménez, para darle paso a la avenida que hoy día cruza en sentido Este-Oeste, por un lado del viejo Palacio presidencial de Miraflores:

*No estoy de acuerdo con tus ideas, pero haría lo imposible porque ellas
fueren respetadas.*

12. *El Nacional*, “Mancheta”, 29 de abril de 1971.

Está nutrido por esas anécdotas de la historia que marcan momentos estelares. Los diarios registran que el año 43 es efectuado en el teatro Nacional el Primer Congreso de la Juventud y él, viendo revolotear pájaros negros del caudillismo regresionista, en su discurso evoca, como alerta, la frase admonitoria que a Boabdil dice su madre al perder éste el reino de Granada:

Llora, llora como mujer lo que no supisteis defender como hombre.

Dirige el periódico, de acuerdo a lo dicho, con los criterios de antiguas sabidurías del liberalismo clásico, que no serían los populistas y come curas de Guzmán padre o los muy pintorescos cuanto personales de su autocrático hijo Antonio Guzmán Blanco. Situándose en la línea tradicional, Uslar expresa:

Soy liberal porque además desciendo de una familia de liberales.

Su antecesor, de fama, en ese hilo de ascendencia es Juan Uslar, un alemán de Hannover que a nuestras costas, comandando un contingente de hombres en armas, llega en pie de guerra. Fusil en mano. Se ha formado en Inglaterra como militar y allá es capitán en situación de retiro. Es el año 19. Al país arriba en una de las diversas falanges de la Legión británica, y, como tal, participa el año 21 en la definitiva batalla de Carabobo. Posteriormente se une al general Urdaneta. Le será conferida la Orden Sol de los Libertadores. Bolívar, y es otra distinción, le obsequia el caballo que a él, a su vez, le ha regalado el general español Pablo Morillo después del abrazo conciliador de Santa Ana en Trujillo. Es el trasfondo del liberalismo humanístico que habiendo entrado bajo el ala del liberalismo económico, ahora de modo paradójico aparece con algo de romanticismo. Siempre será distinto del liberalismo populista, puerco engaño.

De ese modo marcha con el concepto universal de un liberalismo humanístico, a paso lento, pero firme siempre, y en nada confundible con ese pastiche de liberalismo político, nada ideológico, y llamado revolucionario sin pasar de ser sólo revueltacionario. Muestra del liberalismo genuino viene a ser Fermín Toro, aunque aparezca en el bando conservador. Su idea esencial es la tolerancia. Uslar Pietri, siendo adversario raigal del comunismo, precisamene por ser liberal sabrá entender el acomodo habido entre Estados Unidos y la Unión Soviética para derrotar al nazi-fascismo en la segunda guerra mundial. Son dos imperios unidos frente a un tigre mayor. Uslar, como

buen conocedor de la historia, puede agarrar con pinzas los temas que considera peliagudos y situarlos de la manera más objetiva posible. A Marx, por decir algo, lo toma en la dignidad de los niveles y, sin reticencias, explica:

*Absorbió toda la sabiduría filosófica que se enseñaba en las universidades del siglo XIX(...) todo el conocimiento filosófico de su tiempo, porque era un universitario en el más alto grado, porque fue un hombre que se dedicó a conocer y a estudiar toda la ciencia económica de su tiempo, toda la explicación histórica y toda la filosofía, por estar tan al día en el saber, replantea el conflicto del hombre en sociedad en términos nuevos de los cuales salió la base para todo el movimiento socialista de los últimos cien años.*¹³

Tales vínculos podrían ser los que menciona cuando justifica su actuación en el gobierno del general Medina Angarita. En cuanto a sus adversarios, muestra distancia pero no rencor. Hablando de Rómulo Betancourt, el más frontal de ellos, a propósito de un artículo que éste ha publicado, comenta de modo escueto:

En política, Betancourt es un hombre muy vivo.

Sus reticencias no las lleva en la boca, no obstante guardar determinadas distancias con quienes alguna vez le hubiesen agraviado. Adopta la costumbre, al llegar a *El Nacional* cada mañana, de dar una vuelta por la redacción y, en el camino de regreso a su despacho, sentarse en una de las sillas dispuestas del otro lado de mi escritorio y, al aparecer los contertulios Aníbal Nazon, Jesús Rosas Marcano, Pedro León Zapata, Augusto Germán Orihuela, Juan Ángel Mogollón, u ocasionalmente otros, digamos Fernando Paz Castillo, continúa durante algunos momentos la charla con ellos respecto a páginas y noticias. En cierta ocasión uno de los presentes refiere que en la calle alguien le ha dicho que en este país “todos somos adecos por fatal temperamento, un país fisonómicamente adeco, y dale con los adecos y otra vez los adecos”, para concluir en que “hasta Arturo Uslar Pietri ya me está pareciendo adeco”.

Sonríe apenas. Cortesía. Nada comenta. Y pudo ser coincidencia, pero hasta esa fecha se detiene para conversar con el grupo de eventuales con-

13. Arturo Uslar Pietri, “La universidad y la revolución” (artíc. cit.).

tertulios mañaneros. Hace su habitual recorrido por la sala de redacción y pasa de largo.

Es, hemos anotado, la más descollante figura en el régimen del general Medina Angarita, durante cuya presidencia desempeña la Secretaría de Gobierno y otras altas funciones del Estado. Éste de Medina Angarita es el primer gobierno venezolano que desciende a la calle para disputarle a la oposición el derecho republicano a gobernar, escamoteado antes a la colectividad e impuesto por la fuerza de los cuarteles y su aliada la distorsionadora fuerza mayor que son los dólares provenientes del petróleo. *Don Dinero*, el que podría ser gran caballero y es un poderoso truhán solapado.

Memoricemos. Cuando al general Medina un grupo de jóvenes de su partido le proponen la candidatura presidencial del médico Rafael Vegas, quien es en ese entonces ministro de Educación, y la cual cuenta con el abierto apoyo de ciudadanos prestigiosos como Antonio Arráiz, Rafael Pisani, los García Maldonado, les responde, según Alfredo Tarre Murzi,¹⁴ que eso es demasiado riesgo, pues una obligante tradición le impone que sea militar y andino.

Igual, es de pensar, sucedería con Uslar Pietri, quien llegó a ministro y secretario de gobierno, las más altas jerarquías después del presidente, pero estaba, por lo dicho, definitivamente vetado.

Pensando en tales prevenciones, pregunto: ¿algo con ello tuvo que ver el cuartelazo del 18 de octubre del 45 ante el avance de las candidaturas civiles del doctor Escalante, primero, y del doctor Biaggini en fecha posterior?

Solía referir Uslar que en esos tiempos las tensiones eran muchas y desde diversos ángulos sociales, políticos, militares, internacionales, de todo lo cual estaba enterado habida cuenta la posición que ocupaba en el gobierno. Por un lado aparecían los partidarios de López Contreras, militares y políticos de la vieja guardia, dispuestos a todo con tal de llegar al mando y así frenar el avance del izquierdismo que temían y en consecuencia satanizaban; y, por la otra, contrarrestar las dinamizadas agitaciones de calle que le hacía Rómulo

14. Alfredo Tarre Murzi, "López Contreras. De la tiranía a la libertad", Caracas, Ateneo de Caracas, 1989, p. 326.

Betancourt, el primer caudillo civil de calle, con estructura ideológica, que aparece en Venezuela. Uslar ve toda esa turbulencia como un revolotear de nubarrones oscuros y los peligros que abiertamente con ello se anuncian, en lo cual no está equivocado, porque meses después vendría el referido trancazo de militares y civiles que fue magnificado por los acción democratistas con el pomposo nombre de la *Gloriosa Revolución de Octubre* y borraría del escenario al régimen, la causa y el endeble andamiaje neoliberal de Medina Angarita, no bien visto, dicho en términos generales, por el gobierno de Estados Unidos. Ya no estaba Franklin Delano Roosevelt.

Soltar con la izquierda y apretar con la derecha

Hemos hablado de su ideología liberal. Pues de sus disposiciones como director sólo me vienen a la memoria dos vetos: uno, a un artículo del doctor José Izquierdo, que le llevo en consulta, en el cual el distinguido venezolano expresa que López Contreras había regalado a Colombia unos cuantos millares de kilómetros cuadrados de territorio en la parte Sur del país. La objeción suya es:

De publicar eso por mi mano estaría avalando algo que no es verdad. El general López Contreras lo que hizo fue cumplir algo que había convenido el general Juan Vicente Gómez y, siendo un compromiso de la Nación, estaba pendiente un cumplimiento de seriedad. De publicar esto de Pepe Izquierdo, habiendo yo estado en condición de ministro en el Gabinete del general López, avalaría una información errónea.

Y, dado a los remates, pues no deja cabos sueltos, concluye:

Pepe Izquierdo ha tomado su chochera por esos lados.

Al doctor Izquierdo se le recuerda como un formidable personaje dentro de cuyas dotes está el ser hombre frontal. Admirable atributo. Es ferviente partidario del orden estricto. En un momento dado, le ha dicho al presidente López Contreras, en frase memorable ante las desbordadas manifestaciones callejeras de la población al morir Juan Vicente Gómez: *¡Desenvaine el machete General!* Creía en la democracia pero ésta debía condenar el bochinche. Su modo de actuar es públicamente conocido. Se le tiene como uno de los pro-

fesores estelares de medicina en la UCV. No obstante, su severidad en la docencia y su frontalidad han sido tales que el entonces estudiante de medicina Luis Álvarez Marcano (Tabonuco, para sus amigos), también de fuerte carácter, tiene con él un altercado y le avanza con *una navaja pico e' loro*. La cosa llega a niveles de policía y tribunales y Luis concluirá en cambiar el bisturí por la toga de abogado y la crónica de cine, que ejercería en *El Nacional*. El doctor Izquierdo, por ser hombre recto, perdía la cordura cuando se chocaba con el principio de autoridad. Al yo comunicarle lo del veto a su artículo y el porqué, se limitó a decirme:

Está bien. Un director es un director.

Abro esta ventana para referirme al doctor Izquierdo, toda vez que me permite mostrar la variedad de caracteres que ha de enfrentar el director de un diario en el nivel de *El Nacional*. Izquierdo tiene notoria figuración política, no obstante haberse mantenido lejos de la burocracia. La prensa trae que él estuvo ligado a la fundación de un partido de orientación cristiana y cuando le preguntaron que cuándo haría éste su primera presentación pública de calle, aludiendo al joven partido socialcristiano Copei, está entre quienes, con abierta ironía, dijeron:

Nosotros no llevamos a Jesucristo al Nuevo Circo.

Registran los diarios locales y la prensa internacional, que siendo en los toros *médico de plaza* atiende al torero español de gran fama, y en consecuencia muy arriscado, Luis Miguel Dominguín, quien ha recibido una peligrosísima cornada en momentos de ejecutar una de esas maromas con que los del oficio deleitan a su público. Pues atiende a Dominguín en la enfermería y cierra la puerta para dejar afuera a la magaya de banderilleros, picadores, puntilleros, peones de brega y demás barbarotes que intentan entrar en la sala de curas y cirugía junto con el herido, y no sé si también con los caballos, el aparataje de arrastre y a ese público turbamulta que aplaude al torero y no al toro que en todo caso es el verdadero héroe de la jornada. El doctor Izquierdo le declara a la prensa para responder a las altaneras protestas de Dominguín:

Embarrados de bosta pretendían meterse donde se hallaba el herido, y eso, por principio, ningún médico debe permitirlo.

No habiendo quedado conforme con la manera como el matador y su gente han llevado el asunto al plano público, don Pepe me remite un artículo con una tarjeta personal, que conservo, y en la cual queda mostrada esa persistencia que en él fue un esencial rasgo de carácter y donde, por tener clase, queda en claro que se puede ser cortés sin dejar de ser valiente:

El doctor José Izquierdo saluda cordialmente a su apreciado amigo Julio Barroeta Lara y le ruega publicar el artículo adjunto, lo más pronto posible antes de que se vaya el torero Luis Miguel Dominguín Caracas, 25/6/71.

Es el doctor Izquierdo de esas personas con las cuales podríamos no estar de acuerdo debido a sus habituales puntos de vista cuando van a los extremos, pero que debido a su frontalidad generan un respeto que es noble reconocer. En él no hubo interés por lograr aprovechamientos personales. De él emanaba una claridad de espíritu que se le percibía por encima de esa capa de dureza. Una cáscara, en verdad. Al editarle el Congreso de la República su traducción de la obra de Shakespeare, *Julio César*, me remitió un ejemplar finamente dedicado, que con especial aprecio conservo en mi biblioteca.

Tal episodio de la trastienda tauromáquica me trajo a la memoria que un sastre caraqueño de apellido Martínez, cuyo taller estaba frente a *El Nacional*, recordaba las reseñas de corridas de toros que Arturo Uslar Pietri escribía mucho tiempo atrás y hasta me hizo mención del seudónimo que utilizaba. No me lo guarda con precisión la memoria. Creo que podría ser algo así como *Don Modesto*. De no ser éste, llevaba igual empaque.

Diferente a este veto hecho al artículo del doctor Izquierdo, fue otro que Uslar hizo a un individuo con características distintas. Quedé un tanto en suspenso al escucharle un argumento que entraña una sanción extra periódica y creo que pocas habrá parecidas en la historia de la profesión:

—A ese sujeto no me le publique nada...

—(¿...?)

—¡Por mala persona!

Sin líneas claras, errátil será la dirección

Le oigo mencionar que eso de dirigir con acierto un diario, como a cualquier otro humano conjunto, digamos una orquesta sinfónica, no es nada dificultoso si se le aplican los necesarios ajustes previos. Cuestión de afinar violines y músicos, de manejar bien, digo, la batuta. Pero no equivocarse, añade, como el compadre a quien el general Gómez muestra interés en emplearlo, pero, al observar que el hombre carece de aptitudes para cubrir alguno de los cargos disponibles, le indica que busque por su lado y cuente con que le dará él su propio apoyo personal. Ante tal perspectiva, el rústico sale a la calle y, con alegría en los ojos al ver al maestro Pedro Elías Gutiérrez dirigiendo la Banda Marcial en la Plaza Bolívar, regresa entusiasmado:

—Ya sé, compadre, lo que puedo hacer: sólo necesito que ese señor Pedro Elías me entregue el palito.

Uslar va de lo global a lo concreto. Su criterio en cuanto a cómo debe ser dirigido el diario es la misma concepción que ha de tener como hombre de Estado: la orquesta que suena bien con los participantes guiados por la varita, pero siempre que estén previamente bien afinados y esa varita, interprete tales virtudes. Gustavo Coronel, quien igual, a mi entender, corresponde a la socio-filosofía del positivismo, en su ilustrante libro *Venezuela la agonía del subdesarrollo*, extracta una frase textual en la que Uslar opina cómo percibe la empresa de hacer el país:

*Simple, concreta, un problema de realidades y no de ideologías, una cuestión de recursos que puede planificarse como la construcción de una vivienda.*¹⁵

Es una mente orgánica. Y nos atrevemos a clasificarlo entre los neopositivistas. Grano es grano. Paja es paja. De ese modo actúa en la dirección del diario. En entrevista con Fabricio Ojeda (h), le dirá:

15. Gustavo Coronel, *Venezuela la agonía del subdesarrollo*, Litografía Melvin, Caracas, 1990, pp. 61-62.

¿Las normas de un director? Acepta, (transcribe Ojeda) que es difícil definir las, pero de todas las formas corre el riesgo. Creo que primero debe conocer muy bien a la gente con quien trabaja, tener bastante resistencia a las presiones, que recibirá de todos modos, no encapricharse ni pensar que el periódico se lo entregaron como trampolín o instrumento de sus propios pensamientos, ideas o intereses. Tiene que estar a la cabeza de un grupo colectivo para prestar un servicio nacional y que él no puede utilizar eso en beneficio propio.¹⁶

La penúltima vez que le ofrecen la dirección de *El Nacional* ocurre en 1950. Enrique Otero Viscarrondo y su hijo Miguel Otero Silva le visitan:

Me dijeron que habían pensado que yo fuera director de El Nacional, pero que la Junta Militar había manifestado que no, porque ellos consideraban que yo no era persona "amigable" con el gobierno. Entonces me ofrecieron la dirección del Papel Literario, donde estuve durante más de un año, ilusionado y tratando de hacer cosas interesantes en él.¹⁷

Se percibe, tal vemos, que está un tanto desilusionado por lo que allí no le fue posible realizar. En el *Papel Literario* va desde el 30 de julio del 50 a enero del 52. Logra darle un golpe de ascenso a la sección que le abre puertas a literatos de nueva generación, digamos Rafael Cadenas, José Balza, Domingo Miliani, Adriano González León y a otros tantos de calidad y la nutre con oportunos temas universales. Se hablará menos de Díaz Rodríguez, de García Lorca, de Antonio Machado, a tiempo que se intensificarán más las referencias a Rulfo, Borges, Alfonso Reyes, Huxley, Camus, Sastre. Aperturas hacia una más amplia universalidad. El arte no recibe oxígeno al quedarse restringido a las órbitas del campanario.

Mis amigos son mis amigos y distancia con quienes no lo fueren

Es distintivo en él, y algo de esas prevenciones las mencionamos especialmente relacionadas con Antonio Arráiz y Oscar Palacios Herrera, que

16. Arturo Uslar Pietri, entrevistado por Fabricio Ojeda (h). *El Nacional por dentro*, Caracas, Edit. El Nacional, p. 13.

17. Ídem.

igual Uslar tampoco es de aquellos que van echando abrazos a la voz del “¿cómo está ese compadre?” o “¡te ves bien mi vale!”. De hecho, él toma distancias. A la verdad, todos nos unimos por afinidades, a voluntad. El torero va con toreros o con quienes le conversan respecto a las cabriolas y maromas y piruetas que él ejecuta en el ruedo, los escritores con escritores, beisbolistas con beisboleros. Los amigos más recurrentes de Arturo Uslar han sido, desde sus estudiantiles años veinte, Miguel Otero Silva, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Carlos Eduardo Frías, Manuel Cabré, sus primos Margot y Alfredo Boulton Pietri. A ellos va unidos en el trajinar de las artes y las letras. Es, por sistema, selectivo. Van enlazados por comunes afinidades en costumbres, concepciones estéticas, espirituales y las alegrías propias de la edad. Ello trae un rango. Lo dirá de este modo:

*Mi gente es toda la que tiene o es susceptible de tener conmigo cosas en común y comiENZA, en grado de parentesco decreciente, pero vivo y eficaz, por mi pueblo de venezolanos, hasta llegar al más remoto de los hombres.*¹⁸

Pero a cualquier político le es necesario, dado lo maleado como está el medio, tener el toque popular, habida cuenta, y este caso es especial, que la mayor población es la que sufre la pobreza. De allí es indispensable el matiz del caudillismo nuestro para penetrar en esa masa maleada por el populismo y, a la vez, mantenerse a distancia del engaño demagógico. Surge la frase:

¡Arturo es el hombre!

En sus giras como candidato a la Presidencia de la República no irá por barrancos y cañadas para conquistar los votos. Traqueo rústico, partiendo de que el ochenta por ciento sino más, es de pueblo llano y como a cualquier político en funciones electorales le es imprescindible hallarse dentro del marco de lo popular. De otro modo, dentro del sistema republicano nuestro, no se llega al poder. Pero nada de ese populismo que es abrazar muchachitos y viejecitas ni de inyectarle a la población en la sangre que se está haciendo una revolución porque el rico es un perverso explotador y el pobre su víctima. No es cuestión de envenenarle al pueblo el corazón y así aumentarle los

18. Arturo Uslar Pietri, *Obras selectas*, Madrid-Caracas, Edime, Clásicos y Modernos Hispano-americanos, 1967, p. XIV.

resentimientos para convertirlo en robot revolucionario y ganar con ello provecho personal. Es canallada de uso frecuente.

Adular al pueblo es suponer que carece de suficiente criterio para advertir el engaño. Rebajarle nivel. ¿Recordamos aquello atribuido al general Joaquín Crespo según lo cual pendejo es el que cree que los demás prójimos lo son? Se limita sólo, y en ello luce un tanto desfasado, a una campaña ideológica, gentil, que tampoco es un subirse al ring con guantes de jugar golf, pues eso no va de acuerdo con el tipo de faena. No es para decirle al tosco adversario: *Lance usted, caballero, el primer puñetazo*. Eso podría ser manchesteriano pero no propio de este ámbito nuestro, en el cual por el contrario, cabe preguntarle, con la frase del cómico: *¿Pelemos como caballeros o como lo que somos?* A la verdad, para este tipo de confrontaciones mejor preparados están los malandrines que propinan golpes en las llamadas *partes nobles*, disimulados cabezazos y escupitajos en los ojos del contrincante. Quien no sea un rufián, escasa posibilidad tendrá de llegar a la Presidencia por esos lados. Al menos en tales tiempos en que los rebullones de la llamada Revolución de Octubre, con sus aciertos, errores y exageradas agitaciones, tanto han revuelto el trasfondo social. Para el estilo de Uslar ese ámbito le resultará una gran valla en sus acciones políticas de calle.

Amigo y adversario le será Rómulo Gallegos

Tuvo amistad con Rómulo Gallegos. Tiempos de encuentros literarios a la grata sombra de aquellos entonces frondosos viejos bucares de la plaza Bolívar, teniendo al fondo la Catedral y la gran estatua del Libertador a caballo, formidable creación de Tadolini, y por contertulios a una crema de caballeros enfundados rigurosamente dentro de trajes de casimir inglés hechos por la sastrería Cubría o la de Federico Tovar, y las correspondientes corbatas de seda, chalecos en cuyos bolsillitos asoman grandes relojes con leontinas de oro cochano. Son señores que lucen el zapato brodequín, el sombrero pajilla o el bombín, que así podemos verlos en fotografías. Éstos, para Uslar, constituyen su rueda de amigos. Una selección. Es el ambiente de mañanas y tardes placenteras cuando el tranvía, trepidante camarón de hierro, pasa por la calles de una Caracas pastoril en cuya brisa viajan campanadas de los templos, foxtrox que salen de las pianolas, pasodobles tronados por las trompetas de los espectáculos de toros y toreros escenificados en el Nuevo Circo y en el viejo coso Metropolitano.

De Rómulo Betancourt, su más destacado adversario, apenas le oí comentar que es *muy vivo* en política. Bastaría, para entender su prevención personal, estar en cuenta de lo que para él, Arturo Uslar, significó ese golpe militar del 18 de octubre del 45, a la cabeza del cual aparecerá Betancourt en condición de *mánager*, y *coach* en tercera base para, conforme al habla de los beisbolistas, meter al corredor hasta el *home* tan pronto el *pítcher* espabile. No fue para Uslar menuda cosa. Ese trancazo del destino virtualmente le troncha su relampagueante ascenso hacia la silla presidencial. Es el mentor de Medina Angarita, en cuyo régimen desempeña la Secretaría de la Presidencia y suena como candidato *gallo tapao* del régimen para sustituirlo, pues los designados Escalante y Biaggini están, el primero, descartado por causas graves de salud, y el segundo va perdiendo posibilidades debido, entre otras trabas, a su actuación notoria en tiempos no tan remotos del gobierno del general Gómez, en el cual ha tenido posiciones tan altas como el presidir la Asamblea Legislativa del Táchira. Y, en el caso, ello es un peso muerto para ir a una disputa electoral estando en acción una fuerte resaca antigomecista; todo ello en tanto él, Uslar, con sus treinta y siete años de edad, está representando a una juventud en ascenso. Hasta se podría decir, conforme a los entendidos, que virtualmente ya estaba sentado en la silla presidencial de Miraflores.

Es oportuno citar, porque muestra cómo era la política de entonces, tan predominantemente palaciega, que los integrantes de la Asamblea Legislativa del Táchira, siendo el doctor Biaggini su presidente, aprueban por unanimidad erigir una columna alegórica para conmemorar la inauguración del puente internacional que nos une con Colombia, construido por decreto del general Juan Vicente Gómez, quien, y viene al caso comentarlo, les echó a los oferentes un baño de agua fría al decirles que para él era suficiente satisfacción *la conciencia del deber cumplido*.

Esa juventud constituía, en cierto modo, parte de la razón de ser de la causa del general Medina Angarita, distanciado como estaba de su antecesor y protector el pausado general López Contreras. Medina, pero no López, lucía enmarcado en este jacarandoso renacer que pedía un salto acorde con la emoción triunfalista llegada con la reciente derrota del nazifacismo, acontecimiento que desataría una gran tormenta de emoción colectiva de dimensión universal. Mientras la oposición le incendiaba la calle, López alzaba su consigna de apagafuegos: *Calma y cordura*.

En forma paralela se ha venido imponiendo un aire de triunfalismo juvenil con la presencia de esos vigorosos ejércitos que avanzan en los reportajes del cine y la prensa donde la sangre nueva, en la segunda guerra mundial, está derrotando a las macabras cuanto caducas ideologías de Hitler y Mussolini. Luis Beltrán Prieto, alto dirigente de Acción Democrática, publica en el diario *Ahora* un artículo para descalificar al general López Contreras como candidato a la Presidencia de la República, bajo el argumento gerontológico según el cual se trata de un señor que está en los sesenta años y fatalmente a esa edad la sangre circula con mayor lentitud y, por supuesto, de igual modo las ideas. Digamos: ya no está para subir al *ring*. Así, según el doctor Prieto, de quien tengo entendido era profesor de psicología en educación secundaria, el general está chocho. Por cierto que Prieto, más o menos en esa misma edad, sería candidato presidencial. No conviene escupir hacia arriba, por aquello según lo cual donde compramos todavía venden.

Si con Gallegos tiene Uslar afinidades literarias y amistad que confiesa, igual no sería con Rómulo Betancourt, en quien está centrado todo el descalabro que para él ha sido el 18 de octubre del 45, acontecimiento que de un solo salto lo pasa de esencial figura política del país, con inmediatas posibilidades de ser Presidente de la República, a exiliado y a otros extremos como el embargo de sus bienes, entre ellos la casa de habitación, obra de su amigo de juventud el arquitecto Villanueva, que aún debe y está pagando a un banco mediante cuotas de seiscientos bolívares al mes, y una pequeña propiedad agraria que no era suya sino de su progenitora, recibida por ella en herencia. Desde su exilio en Estados Unidos envía a *El Nacional* una carta pública para descalificarle a Betancourt su nivel de cultura:

Usted lo que tiene es una quincalla verbal

Como es notorio, le alude a su peculiar vocabulario, pues Betancourt utiliza términos tales como el llamar *multisápidas* a las hallacas de Navidad. Es un líder de masas. Con ellas la conexión primaria es un habla que debe contener puntos comunes. Es la figura que tiene ante ellas y debe conservar. Es parte del aparataje mañoso del oficio. De su instrumental. De otra manera no hay conexión. Lo académico crea distancias. Si alguien desea introducirse en los círculos juveniles, comenzará por llamar *panas* a sus nuevos amigos y *jevas* a las correspondientes muchachas. Hay un lenguaje académico, un lenguaje medio y en el mismo orden un lenguaje para las masas. Y para los tontos va una ración.

Y no es que Uslar desdeña el habla popular, materia prima del arte literario en todos los niveles, pues con ella matiza y le da vigor a determinadas partes de *Las lanzas coloradas* y a uno que otro de sus cuentos, pero sí conserva el cuidado de mantener un nivel de habla formal en su conversación, en sus análisis literarios, sus artículos de prensa, sus actividades académicas, su oratoria pública. Con ello mantiene su imagen, esa que cada cual construye a su manera. No obstante, su criterio respecto a la literatura está claro en su obra *Las nubes*, en la cual muestra su aprecio hacia ese criollismo que sólo utiliza de manera ocasional. Dice que el “siglo veinte se distingue por la conciencia de su mestizaje (...). Muchos son los ejemplos de este fecundo y típico mestizaje que ofrece la literatura criolla en todas sus épocas”.¹⁹

En el caso se le observa un aprecio por las normas civilizadas que establecen una barrera entre el salón y la calle. Más está con el salón que con la calle. Es, dijimos, el caballero con pasantía educativa en París, donde ya desapareció aquello de la *égalité* robespierana. No viaja en autobús. Ni cuando anda por las calles carga paquetes en la mano. Nadie le verá por los lados del mercado de San Jacinto con amigotes de esos que beben guarapita o cañavieja. Sabe combinar sus corbatas. No va con chaquetas azules y pantalones verdes. Ya, en sus novelas de veintitantos años posteriores a *Las lanzas coloradas*, luce más apegado a los mandatos de las academias, no obstante que si dentro de ese cuadro socio histórico utiliza el habla criolla, y hasta criollista propiamente dicho, no tendrá reservas en hacerlo cuando, en otros escritos literarios de absoluto realismo, lo considera indispensable. Las letras deben llevar el color de la vida. ¿Muestra? El relato con que gana el año 43 el Concurso Anual de Cuentos de *El Nacional*, “Baile de tambor”. Uno de los personajes habla:

—Guá, Hilario. Yo sabía que iba a venir solito. Que ibas a caer mansito. Cuando salieron las comisiones a buscarte las mandé por no dejar. Yo conoço a mi gente. Y ahí está. Tu viniste solito.²⁰

19. Arturo Uslar Pietri, *Las nubes*, Caracas, Ministerio de Educación, Biblioteca Popular Venezolana, 1951, p. 84.

20. *Baile de tambor. El cuento venezolano en El Nacional*, Premios del Concurso Anual 1943-1973, Caracas, Editorial Tiempo Nuevo, 1973 (con “Espacio histórico del cuento venezolano”, ensayo presentación por Domingo Milani), p. 148.

Es el habla un tanto metaforizada, con mucho de código con que se entiende la gente del pueblo. Y en una mancheta sorprende un descenso también directo a la calle, al criollismo, al aludir en lenguaje coloquial que una diferencia notoria entre adecos y copeyanos, aparecida en la prensa, queda en el nivel de apenas una desavenencia entre novios:

*Lo que ocurre entre AD y COPEI es que están comiendo chivo.*²¹

Después del 18 de octubre su experiencia de vida lo coloca más lejos aún del llamado arrabalismo político. Ya no es el jovenzuelo que desea realizar una película dimensional estilo Hollywood y por ello ha creado *Las lanzas coloradas* para darle fondo argumental y trama; y pensaba entonces más en el deslumbrador cine parlante que de esos predios universales está llegando con la imagen en movimiento de la novela *¿Quo vadis?*, del polaco Sienkiewicz, o *Los miserables*, de Hugo, realizadas por el mago Cecil B. de Mille, pues ese medio de comunicación total, el cine, que lleva palabras y correspondientes imágenes resulta, es obvio, más cercano a la realidad que la más descriptiva literatura. Es un arte diferenciado. Los lectores no tenemos que hacerle figuraciones, recrearlas en la imaginación. Entran por propios pasos en el ámbito de la vida común.

Hay en Uslar cambios evidentes a partir de cuando escribe *Las lanzas coloradas*. Ahora su cosmovisión y su conciencia literaria son otras y así sus nuevas novelas, por caso *Estación de máscaras*, tendrán otro ámbito social. Uslar no es el estudiante de leyes; no es el mocito recién egresado de la Universidad. Ha vivido las tertulias en los cafés de París actualizadas con la marcha universal de las letras, y en esa edad juvenil ha sido presidente de la Corte Suprema de Justicia, ministro del Interior, ministro de Educación, secretario de la Presidencia de la República. Ninguna personalidad es estática. La madura el simultáneo paso de la biología y el horno social. A propósito de ello le aprovecho una de sus pausas para despejarme una duda en cuanto a su temática y estilo literarios:

—Tengo entendido, doctor Uslar, que en su primera novela usted utiliza términos y pasajes acriollados, como ese donde el caporal Presentación

21. Mancheta *El Nacional*.

Campos aparece aleccionando a sus subordinados, pero cuando le es posible se distancia de los brotes criollistas...

Reacciona con prontitud:

—Sí; por supuesto, no es criollista.

(Aquí pienso que él jamás escribiría eso de las *multisápidas* y en el caso la colocaría entre comillas). Y, tanteando, prosigo:

—¿Será entonces, digamos en su amplitud, venezolana?

—Sólo venezolana.

Hay algo de esas diferenciaciones mostradas por Uslar con su personaje Presentación Campos. Allí, es el pintor al cual no le agrada el color marrón pero le es indispensable utilizarlo. Así, al matiz criollo le da su debida importancia, sin dejar de diferenciarlo de lo propiamente criollista. En su obra *Letras y hombres de Venezuela*, reflexiona para darle su justa posición dentro de nuestra literatura:

—Del lado de las letras, entre 1888 y 1900, bajo la influencia del realismo y del positivismo, surge el importante movimiento del criollismo.²²

De cualquier modo, al hablarle del tema, vemos que no desestima los valores de lo popular en la literatura, cuyo ámbito y costumbres en nada comparte. Al comentar asuntos de literatura y referirse al costumbrismo, donde se halla la real estampa de un pueblo, el mosto de lo criollo, le concede una categoría muy especial que contraría prejuicios y opiniones como las de Jesús Semprum, quien ha dicho que *los costumbristas chapoteaban en el barro*. Uslar, en dirección totalmente contraria, les restituye su alta importancia:

La literatura venezolana empieza a formarse en las acuarelas de los costumbristas.²³

22. Arturo Uslar Pietri, *Letras y hombres de Venezuela*, Ediciones Edime, Caracas, 1958, p. 240.

23. *Ibidem*, p. 252.

Si observamos las fechas, y su correspondencia social y estética con cada época propia que rige a un escritor, imposible que estando dentro de la revolución de la vanguardia tuviese acercamientos al criollismo ya pasado, pues tuvo vigencia plena como género unas décadas atrás, pero en ocasiones indispensable para darle autenticidad a determinados relatos. La vanguardia es, además, una literatura elitesca, intelectualizada. De capilla. Quien desconozca su código tiene que adivinarle algunos contenidos. No podría entenderla en su totalidad. Va cerrada en un Parnaso. Lo más lejos del pueblo llano, fuente primaria del criollismo. Éste quedó muy atrás. El arte navega en las aguas del río de Heráclito: no tiene regreso. Cada etapa cumplirá el tiempo vital que lo mueve. Admitamos, y es esencial, que el arte camina, va con propios pasos y nadie le inventa caminos ni particulares tendencias. Y, menos aún, prototipos: éstos brotan como una expresión sociocolectiva y a esa ley, encadenados, van los autores. Don Quijote es representación del hombre educado; Sancho será el rústico en camino de educarse.

En sus cuentos, Uslar recurre un tanto más, bastante más, a lo popular. A ello le obliga el mismo sistema. En lo popular se marca la clara distinción entre un sector social y otro, con sus propias costumbres y, lo más definitivo, su correspondiente habla. Lo determinan las diferencias culturales. Y tal vez, hasta sociales. La veta de mayor autenticidad. Es notorio en su *Barrabás y otros relatos*. En su literatura ninguna otra novela tiene presencia de pueblo como en *Las lanzas coloradas*. Allí, por encima de los nombres, el real protagonista es el pueblo llano. En cambio, dentro de su cosmovisión el concepto de la vida social, en fuerte contraste, la sintetiza en su *Aventura de Omagua y el Dorado*, que noveliza el recorrido del Tirano Aguirre desde Perú a Venezuela con sus marañones. En un momento dado uno de los barbarotes del caudillejo, al entrar en la habitación de la distinguida doña Inés de Atienza rompe con sus rústicos movimientos el tarro de un delicado perfume. Uslar crea la situación de contraste social mediante un solo trazo. Y aquí, tal vez la imaginación, que a todos nos hace travesuras, le proyecta de contrabando la imagen de algún sujeto que conoce y aborrece:

El hombretón se detuvo sorprendido. Aquello no se parecía a nada en su vida.

Toma personajes de la vida real y los noveliza. Es el caso de Presentación Campos, habitante de Los Teques, ciudad que mucho ha debido influir en la

formación personal suya, de Arturo Uslar, pues a esa ciudad de clima fresco lo han llevado a vivir sus padres algún tiempo de sus primeros años por prescripción médica, para que recobre la salud afectada por un paludismo —así lo expresa de propia voz— y allí cursa parte de su escuela primaria, e igual, hemos referido en el capítulo respecto a Miguel Otero Silva, que algo de la secundaria.

También que su padre, de la misma manera llamado Arturo Uslar, fue jefe civil de Los Teques, en rango de prefecto. En la correspondencia oficial indistintamente aparece como coronel o general. Esto me lo revela el académico don Ildefonso Leal, cronista oficial de esa ciudad, y de quien, agradecido, también recibo informaciones en cuanto a determinados acontecimientos de significación en el transcurrir formativo de Uslar Pietri, pues corresponden a dos tiempos diferentes de su infancia y juventud: una, que era ahijado del general Cipriano Castro, dato que le ha tomado de su expediente universitario (UCV, institución de la que el doctor Leal también es cronista oficial) y, otra, esta que sirve de referencia para establecer una cronología:

El 10 de enero de 1911 el prefecto Arturo Uslar informa a Gómez que la carretera de Los Teques se encuentra en buen estado hasta Sebastopol, (...a cuatro leguas de Caracas..).²⁴

Fue Fernando Paz Castillo, me confía Uslar, quien le mencionó ese nombre que brota en una sola emisión de voz: *¡Presentación Campos!* A la verdad ningún otro sonaría tan bien colocado para un hombre de ese tipo de mando. De acuerdo a otras investigaciones hechas por mí con estos fines literarios, éste sería el padre de un barbero, habitante de esa capital en los años 1950 y tantos, llamado Celestino Campos.

En todos los aspectos, Arturo Uslar Pietri preserva su estampa de señor, dispone de chofer y carro en la puerta. Contrasta en mucho con personajes tan acriollados como lo es Betancourt. Gente de autobús y de chararreados automóviles de tercera y cuarta manos. Son tiempos, entre ambos, del agresivo toma y dame y sus particulares variaciones. Uslar, aludiendo a que él en su exilio ha ido a ganar el sustento suyo y el de su familia regentando una cátedra en Columbia University, en tanto que en su respectivo exilio del año

24. Ildefonso Leal.

28, Betancourt y sus compañeros, digamos uno, Raúl Leoni, se vieron obligados a ganarse la vida con un pequeño expendio de víveres, tarantín que han instalado en Barranquilla, Colombia, le soltará en carta por *El Nacional*:

Yo, para ganarme la vida, no tuve que vender frutas y verduras en la calle.

A la verdad, en el caso de Betancourt, con sus ventas de yuca, ocumo, plátanos, tomates, que nos permite imaginarlo con el obligatorio delantal puesto, gran cuchillo en mano para cortar apios y auyamas, amparado de soles y vientos y lluvias bajo un tiribinque de tablas donde hay en algún lado una perolita para echar las lochas y los centavitos del vuelto, y otras tristezas, y utilizando para el despacho el peso de dos bandejas colgadas en cadenas y con gran indicador en forma de reloj en el centro, porque se trata de kilogramos, indicador en el cual está fija la mirada de la compradora para que un número tres no sea un cinco, ni la mano se quede sobre el plato como peso muerto que resultaría ser peso vivo, hay exceso de finura en llamarlo *ganarse la vida*. Diríamos, reforzando un tanto la retórica con ese ambiente de condumio y multisápidas, que se ganaban no la vida sino propiamente la redonda y, en ocasiones, bien cuadradísima arepa.

Pues Rómulo Betancourt, que igual tiene una oportuna lengua brava, le responderá en la prensa con una estocada elegante, con sonido bíblico, de las que habitualmente lleva en su arsenal de guerra:

Que los muertos entierren a sus muertos.

Traigamos al relato que *El Morrocoy Azul*, tiempo adelante, publica que Betancourt y Raúl Leoni, socio suyo en tales pasos por la tristeza, en vista de que el maíz amarillo no se les vende, a causa de ese color que lo descalifica, pues el maíz blanco es el de mayor aprecio para el alimento humano, le colocan en la boca del saco exhibido para el expendio: *Le garantizamos su calidad. No se le pondrá blanco.*

Cabe recordar, en el mismo hilo de estas referencias a su estilo personal de vida, que Uslar fue cronista de toros. Y al caso le pregunté, como al descuido, que por qué lo llamaban fiesta de toros cuando es fiesta del torero y funeral del toro, y me dio una explicación erudita en la cual se remontó a los

tiempos aludidos por Federico García Lorca en su verso, al referirse a una faena en la cual uno de estos toreros era “mejor que Pedro Romero toreando las estrellas”. No sé si él aún conservaba la afición. Sonreído, no aceptó del todo, al decirle que eso no será fiesta para el toro, a quien el artista bailarín lo puya con banderillas, y con estallidos de fuego en las puntas para activarlo y le sirva mejor en sus piruetas, como premio le mete casi un metro de acero entre lomo y costillas y encima es premiado con los aplausos y el dinero de la taquilla, sitio en el cual el toro menos tiene algo que buscar, pues lo que allí hay depositado es para el vivaracho que con los trastos, al compás de clarines y clarinetes y tontos aplausos, le hace la trastada. En tanto, al hermosísimo animal que entró al ruedo con tanta gallardía, lo llevan arrastrado por caballos y una maroma de mecates y sogas y nubes de arena con polvo hacia el despedazadero, en viaje a las candelas de la parrillada donde los aplaudidores de la comparsa lo devorarán con alegres vinos, rones o guarapitas. Al *mataor*, héroe de la jornada, lo sacan en hombros, como a santo en procesión.

Por curiosidad, en una ocasión concurrí al espectáculo mediante una entrada de cortesía obsequiada, si mal no recuerdo, por Carlos Eduardo Misle, *Caremis*, o igual pudo ser por el también cronista Oswaldo Pérez Estévez. Eso me permitió presenciar cuando a uno de estos aclamados matadores (omito a propósito el nombre), al salir en hombros con aire de victorioso del Nuevo Circo, bien emperifollado con su vistoso traje de luces tabaco y oro, rodó en el cemento de la calle con todos esos macundales y con el tontuelo que lo llevaba encaramado como a santo en procesión.

Fue, como diría el pasodoble, un domingo en la tarde. De modo que al torero lo llevan en silla de mano mientras lanzan cohetes a su gloria, en tanto que al toro, el héroe verdadero, el merecedor de todo, bien rociado con vini-llos y al compás de tonadas fiesteras, se lo tragarán alegremente los aprovechones. Innoble funeral.

Lo que el destino ha dispuesto es lo que somos al fin de cuentas

A cada cual nos llega la personalidad casi totalmente hecha por el ambiente donde nacemos y corre nuestra infancia. Digamos en el entorno familiar y sus respectivas circunstancias. Uslar es un caraqueño total. Caracas

imprime sustancia. Ella lo va estructurando desde sus primeros años. Le agrada evocar a esa ciudad pequeña en la cual se podía dormir con las puertas abiertas, porque cuando más había ladrones de gallinas y para el caso el gallinero estaba en la parte de atrás, a resguardo en el corral, situado en el fondo de esas casas largas. Las picatierra no estaban a la mano del pillo.

Conoce, pues, ese micromundo caraqueño, algo un tanto rural, de las bellas novelas escritas por la hermosa entre las hermosas Teresa de la Parra, y de esos aires donde retozan en atardeceres y noches de luna los versos de Pérez Bonalde, de Andrés Mata, de Abigaíl Lozano, tiempos cuando a las novias, recatadas imágenes envueltas en tules y faldas que al caminar van con ellas barriendo el piso, se les lleva finos caramelos y bombones y no a las posteriores peladas en *bikini* que se echan al buche tragos de ron o cubalibre, que eso vendría después, con el ascenso de la gente gruesa, negación de la finura y la exquisitez.

Hasta los años veinte o treinta, Caracas es todavía pastorilmente liviana, la del suave gentil vuelo de las tímidas palomas de Pérez Bonalde, con tierras labrantías aradas por bueyes y regadas por limpios ríos, entre ellos el entonces cantarino Guaire y ese sonreído Catuche que llenó con sus tan claros cristales el alma de Andrés Bello, casi el mismo ámbito urbano aludido por la cronista viajera Jenny de Tallenay, tiempos de cuando Antonio Guzmán Blanco, arbitrario en el mandar pero de innegable buen gusto y afán civilizador a su manera que le hace perdonar sus desmanes, que no fueron pocos, organiza carnavales con coches descapotados desde los cuales las jóvenes van lanzando serpentinas y rociando perfume traído de París. Avanzado el tiempo, ya en los años del general Pérez Jiménez, el 57, a una bella reina de Carnaval de Caracas, cuando iba desfilando en su carroza por una de las avenidas del centro de la ciudad, le parten mediante un caramelazo uno de los dientes de la sonrisa. Me correspondió reportar ese incidente para *El Nacional*, con los fotógrafos García y el Gordo Pérez.

Esa evocación se me hace más despejada, porque suelo escuchar ese disco de acetato, ya pasado a *cidi*, en el que la inigualable voz de Alfonso Ortiz Tirado nos trae la vieja canción romántica de Eliseo Grenet, que en el caso, por contraste, suena como un sarcasmo:

*Esas perlas que tú guardas con cuidado
en tan lindo estuche de peluche rojo...*

Es observable que desde tiempos coloniales la ciudadanía caraqueña estaba ya metida en ese tipo de rochelita. Juan Manuel Cajigal, con su especialmente fuerte pintura de costumbrista refiere cómo, en los finales del siglo XIX, las bellas jóvenes, armadas de jeringas, lanzaban agua desde ventanas y puertas:

Y apenas me hube acercado a ellas, correspondieron a mi cortés saludo descargando sobre mi tal cantidad de agua, que no parecía sino que se habían abierto las cataratas del cielo.²⁵

De cualquier modo, si es que al igual del zorro perdemos el pelo pero no las mañas, hay cambios como ese de los caramelos que no son para dárselos a las damas en sus manos sino para romperles los dientes. En cultura urbana hemos incorporado lo malo traído por el siglo y poco de sus maravillas. Es más, mucho es, en ese orden, lo que hemos retrocedido.

Detener no podrás el paso de los astros

Ha nacido Arturo Uslar Pietri en la Caracas de comienzos del siglo XX, 1906, y donde no obstante su ambiente pastoril, ya están asomando sus grandes patas, porque no son pies, los bárbaros adivinados por Díaz Rodríguez en *Idolos rotos*, pequeña urbe a la cual Gallegos, muy joven entonces, le capta esa especialísima atmósfera de la cual brota su *Reinaldo Solar*, novela con alma tradicionalista, cerca del costumbrismo y de otras y de otros autores por nada desdeñables que han contribuido a crear el indispensable campo de lectores, sin el cual no fluye la cultura literaria universal, y que aquí abrirá puertas y apetitos a modernas narrativas bajo el influjo de Proust, Faulkner o, en el extremo, Kafka y su desalentadora literatura.

De su acercamiento cordial a Rómulo Gallegos refiero (y aquí traigo aquello de “mi gente es toda la que tiene o es susceptible de tener cosas en común”) que en uno de esos descansos de su faena de dirección, aprovechados por mí para escucharle referencias a los más variados acontecimientos, o específicamente de política o de literatura, me comenta que Mariano Picón Salas, hablándole de la capacidad fabuladora del estelar novelista, le ha dicho:

25. Juan Manuel Cajigal. *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX. Contratiempos de un viajero*, Caracas, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1964, pp. 24-25.

Arturo: Rómulo es como un brujo. Se sienta y de la cabeza va echando afuera personajes y más personajes que van entrelazados en una narración hilada y continua.

Posteriormente le leo a Uslar que:

en 1925 aparece La Trepadora. En el prefacio decía el autor: [que] Hasta ahora nuestra literatura ha sido amarga y desesperanzada, pero ya es tiempo de amar y confiar un poco. El propósito, que en mucho distingue a Gallegos de los novelistas anteriores, de concebir y lograr la novela como un todo artístico en su difícil complejidad, se afirma aún más en esa segunda obra (1943).²⁶

Y se extiende al referirme:

Aprecié mucho a Rómulo y debido a ello me afectó que estando yo exiliado en Estados Unidos, ejerciendo entonces una cátedra de literatura hispanoamericana en Columbia University, él fue a recibir el Doctorado Honoris Causa, de manos del entonces rector, el general Eisenhower, y me enteré de que ni siquiera había preguntado por mí. Y si a mí me era posible diferenciar entre la amistad y las eventualidades de la política, en ese caso, ¿porqué no también él?

Si con aguas nuevas lo riegas, tu viejo árbol de nuevo habrá de florecer

Su paso por el grupo Válvula, en 1928, es fugaz. No se le ve por mucho tiempo reunido en cambote de poetas, que además para ello era en cierto modo indispensable hallarse dentro de la bohemia. Ése no fue su mundo. Se le vio aquí, o en el París de esas mocedades, con novelistas y escritores de ensayos, novelas, ocupados en lecturas, análisis y sintetizaciones, en tanto los poetas de allá y los de aquí estaban cazando metáforas y otras mariposas. El vino y otros tragos han sido eterna compañía de poetas, pero propiamente no de ensayistas de historia. Y menos de filosofía. Enigma será siempre saber de cuál modo Sócrates, con tanto vino entre pecho y espalda, porque es bien sabido, y lo decimos con el debido respecto, el maestro le entraba de frente a las garrafas, podía encontrarle los delgadísimos fillos al silogismo.

26. Arturo Uslar Pietri, *Ibíd.*, p. 266.

Uslar, no obstante hallarse lejos del ambiente inspirador de la bohemia, cuando se decide a publicar versos no aparecerá como un extraño. Capta la atmósfera. Muestra esa calidad oculta o, digamos mejor, potencial. Y lo hará con *Manoa*, libro de categoría, elegancia. Dentro de la vanguardia se distingue con altura de temas y bien escogido lenguaje. Busca diferenciarse. Va filosófica y sociológicamente con el positivismo, al cual Ferrater Mora en su diccionario define como la teoría del saber que se niega a admitir otras realidades que no sean los hechos y a investigar otra cosa que no sean las relaciones entre los hechos.²⁷ Ya en *Las lanzas coloradas*, novela de trasfondo histórico, su fabulación es diferente al uso. Dos corrientes actualizadas lo enmarcan: el positivismo en historia y los ramalazos de la vanguardia en cuestiones literarias. Eso permite suponer por qué no glorifica el belicismo heroico, tal vienen haciendo la mayoría de los historiadores consecencialmente y, desde siempre, que presentan como historia lo que bien visto viene a ser lo que se nos relató desde la escuela primaria: un folletón.

Nada de eso hay en Arturo Uslar Pietri. Su exterior, como positivista en historia, se refleja en *Las lanzas coloradas*, donde apartándose de la concepción heroica de los historiadores de entonces, su personaje central Fernando Fonta es un cobarde antihéroe; y a la par, va con el vanguardismo que ha dado jaque mate a escuelas anteriores. En ese campo intelectual va, en consecuencia, digamos con Vallenilla Lanz y no con Eduardo Blanco, exitoso en su obra *Venezuela heroica*. Al tipo de intelectuales como Uslar, formados en el positivismo y, de hecho, con mucho de eclécticos, reaccionan contra la historia que se basa en el plano menor de individualizados héroes de esas batallas, agradable a pueblos y naciones que marchan arrastrados por la polvareda que va dejando el galope de los caballos. La figura parapetosamente magnificada del caudillo irá desapareciendo en la moderna cultura histórica. La socio-historia toma ese primer plano usurpado por el folletón. Ella va en busca, y es lo válido, del porqué de esas batallas, lo cual será nutrimento para una cultura colectiva bien asentada. Despeja figuras, muchas de ellas elevadas a la gloria cuando es lo cierto que más corresponden a verdaderos truhanes, tal así lo confirman sus hechos habituales. En tanto los héroes de la Independencia alcanzarán la magnitud de dioses en el cantar de los poetas, como en estos versos estrambóticos para el presidente general Páez,

27. Pedro Grases, *Instituciones y nombres del siglo XIX*, Obras 6, Editorial Seix Barral, Caracas-Barcelona-México, 1961. Edición patrocinada por Fundación Polar, p. 278.

publicados en el periódico *El Liberal*, que se los atribuye a Abigail Lozano y que antes bien luce como un grotesco sarcasmo:

*Desparramada al viento la melena,
Rayos brotando y llamas la mirada,
La montaña, la selva, el bosque atraviesa...*

La reacción de los positivistas en cuanto a narrar la historia estará en la vanguardia que viene abriéndose paso para que el sol sea el sol y una piedra sea una piedra.

Algo la poesía puede aportarle a la modernidad

El manojito de poemas *Manoa* estará más dentro de esa vanguardia en implosión, que trae sus temas de siempre, aunque con nuevos tonos y una atmósfera espiritual más diluida. Una avanzada de la intelectualización. No lo dice todo y que el lector adivine y añada si estima que algo le falta. Si es que para ello tiene facultades. Ha dejado atrás a los modernistas aún salpicados de criollismo y de hecho a los románticos y sus lánguidos desmayos. Publica los poemas de *Manoa* en 1972. Está cumpliendo sesenta y seis años de edad y, así, llegando a las puertas de la ancianidad. Con este ramillete de versos ha echado vinos añejos en vasijas nuevas, contrariando la recomendación bíblica. No obstante, por saber manejar la alquimia necesaria, les conserva la delicada atmósfera. Se siente la intención de quien desdeña lo barato. Hay allí un aura de elegancia, un tono profundo como si hablara de catedrales con altas cúpulas, grandes campanas de bronce lanzando vuelos hacia los elevados espacios interestelares.

Esta edición es de sólo cuatrocientos ejemplares, lo cual hace a la vista notorio, porque no trae sello editorial, que la costea de su propio bolsillo para obsequiarla entre amigos y relacionados. Es algo que ha de considerarlo tan personal, pienso, y así deja ver que la interniza en sí mismo al escribirla, imprimirla y hacerla circular dentro de un círculo. La ha extraído de su cofre íntimo como algo que ha preferido conservar a resguardo. La entrega en las manos, tal si él, destacado en las letras de habla hispana y traducido a unas cuantas lenguas, estuviese haciendo un tímido tanteo dentro de un ámbito de lectores que verían con sorpresa que él, Arturo Uslar Pietri, escribe poe-

sía. Le son conocidos sus tonantes ensayos, sus artículos y crónicas periodísticas y sus narraciones literarias que por nada son tarjetas postales. Dentro de cada uno de sus escritos es posible sentir un rumor de batallas. La misma dedicatoria, y con agradecimiento le conservo la distinción que tuvo a bien hacerme, apenas lleva un “muy cordialmente”. En su dedicatoria de *Las lanzas coloradas* llega un tanto más y escribe: “A Julio Barroeta Lara, con el cordial aprecio de su amigo Arturo Uslar Pietri”. Y en cualquier caso debemos conformarnos. Sus normales expresiones amigables han sido notoriamente áticas. Al dedicar la edición a su amada esposa, compañera en toda su larga vida, con sobria elegancia suscribe apenas: *A Isabel Braun*.

De paso es de señalar que este libro, en el cual recoge poemas escritos desde 1932, no recibió la merecida notoriedad. Y que sepamos sus versos, con todo y la excelencia que muestran, no figuran en alguna de las antologías venezolanas.

Desde el propio título va el fino entorno y la densidad poética

En sí, ya la misma palabra *Manoa* es una hermosa modulación de sonido aborígen cuya poesía virginal sentimos al solo pronunciarla. Es evocación de ese país imaginario creado por la magia de nuestros primitivos y utilizado por los conquistadores para captar los necesarios incautos y cautos, digamos a los tontos y a los vivos útiles, que se metieran con ellos en la aventura de un desconocido mundo de serpientes, arañas, monos, pájaros y de ríos profundos que te ahogan al menor descuido para que desayunen sus hambrientos caimanes, y a la vez justificar los gastos ante la Corona que sufragaba esas nada románticas y sí costosísimas expediciones. Traigamos a la memoria que la reina de España, doña Isabel, recurrió al prestamista Luis de Santángel y le empeñó sus joyas personales para que fuera posible costearle a Cristóbal Colón su viaje descubridor.

En torno a estos mágicos territorios fueron creadas tres leyendas paralelas: la de los indios, dorada con la intención de internar a los conquistadores hacia más nunca; una segunda, negrísima, de los españoles, portugueses e ingleses, para espantar a las naciones intrusas que tuvieran la idea de tomarles espacios en eso que por derecho de conquista consideraban suyos y que el Papa se los concedería justificándolo con la cristianización de los aboríge-

nes y de las poblaciones creadas, en tanto la otra, rosada, surgida, y en el aire flotando, de aquella maravilla de la naturaleza virginal, con sus mundos fabulosos, entre ellos El Dorado y en grado menor Manoa, donde las inmensas riquezas estarían a flor de tierra. Cuestión de estirar la mano y tomarlas. Sin que fuere necesario sudar. Magia de Aladino y su lámpara. Los conquistadores bien sabían cómo informar y cómo desinformar. Digamos el oportuno uso de la verdad falsificada. En sus cartas para el rey de España, Cristóbal Colón le dice que hay “buenos indicios, Majestad, de que aquí estuvo el Paraíso Terrenal”, en tanto Walther Raleigh, no menos fabulador o, dicho llanamente, no menos fabricante de mentiras, ¿qué no le haría saber a su Rey?, pues en esa misma línea desinformadora, este asaltante naval Walther Raleigh que comía con cubiertos de plata y sonar de violines, palaciego con niveles de hombre culto y quien por esa vía llegó a ser elevado a *Sir*, con carruajes encortinados, castillos alfombrados, frondosas mujeres. De sus rapiñosos viajes a nuestras costas dejó un libro cuyo sólo nombre constituye un alucinante poema: *Las doradas colinas de Manoa*.²⁸

Al pirata, la literatura del romanticismo lo sublimiza porque representa el agradable concepto de la libertad plena, rueda libremente irresponsable, atrayentemente presentada por sus audacias y aventuras que anidan en el corazón humano, siempre selvático, emocional y soberbio, donde al mismo Dios y a sus creaciones desafía, como ese capitán creado por el romántico Espronceda, que es para imaginárselo en la cubierta de su barco a velas, despojado de la camisa y espada en mano, en momentos de proclamar su arriscado desafío:

*¿Qué es la vida?
Por pérdida ya la di.
Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad;
(...) mi única patria la mar.*

Más que en cualquier parte de su obra literaria, el estilo personal de Arturo Uslar queda esbozado con esta depuración de arte que es la poesía de *Manoa*.

28. Walther Raleigh, *Las doradas colinas de Manoa*, Ediciones Centauro 80, traducción Juan García Tamayo, Caracas, 1960.

Lo tipifica en nivel de clase, igual a alguien que al solicitar una copa de vino en un restaurant, le dijese sin más al mesonero: *—Tráigame un borgoñés.*

Su época de *Válvula* está como paralizada en el tiempo biológico en que se escriben versos, y propiamente no en éste cuando a sus sesenta y seis años publica esa *Manoa* que al solo redondo golpe de voz evoca la maravilla de ese referido mundo de aventuras, oro, fascinantes descubrimientos tras las cortinas en que la naturaleza esconde sus misterios. En *Manoa* están poesías escritas en un transcurrir que va desde los veintiséis años de edad, en 1932, hasta el 71, cuando las edita en conjunto. Es notoria la continuidad en el tono y en la atmósfera de altura que allí se le observa, no obstante ser las cuatro décadas más tempestuosas de su existencia. En su modo de ser se le percibe la continuidad que trae desde niño. ¿Por qué no intentó antes hacerse conocer como poeta, un tan alto rango intelectual?

Algo en su interior le impedía ser tenido entre los que escribían endechas. Cada cual desea —y cuida—, tener una imagen pública. Hay diferencias aun en el plano universal. Si a Dante se le pinta con una corona de laurel, semblanza que lo caracteriza, igual no sucedería con los guerreros. De todos sus retratos hechos por artistas, Bolívar sólo reconoció como propio ése donde aparece retratado espada en mano. Y la refrendó con aquello de “imagen mía hecha en Lima con la mayor exactitud y semejanza”. ¿Habría hecho lo mismo si en lugar de tal estampa frontal de guerrero, espada en mano, hubiese aparecido empuñando un ramillete de flores? El mundo tiene sus cánones. Un amigo me refirió que su padre, para recriminarlo a fondo por algo que consideraba indebido, le decía: “Usted no sirve para nada; si acaso servirá para poeta”. De modo que, subyaciendo en nuestro medio ese tipo de apreciaciones bárbaras, Arturo Uslar Pietri, que tal vemos cuidaba de mostrar una diferenciada imagen pública, edita su *Manoa* pero en forma discreta, como para decir que como literato no está incompleto, porque también puede hacer versos y sin dejar por ello de llevar al cinto la espada viril de su bisabuelo, el Uslar que llegó en la Legión Británica. Eso, especialmente en esos años, aunque desaparecía con la muerte de Gómez el caudillismo, era importante aditamento para un hombre público de sus niveles. Tanto predominaba el machismo heroico que, veamos, a Juan Vicente Gómez no le llevaban serenatas y los intelectuales que le rodeaban no hablan de pajarillos piando en el nido.

Y otra interrogación colgada en el aire: ¿Por cuál razón los colegas literatos de Uslar y críticos de literatura que se ocupan de su obra no hacen notorias referencias a esa tan elevada fase suya? Uslar dirá que de esos poemas nada más había dado a la publicidad, en 1935, “Corro de las horas”. Está cuajado allí el poeta que hay en él. Hay presencia de una voluntad de creador con estilo propio. En esa estampa supuestamente infantil es notoria la influencia de las líneas clásicas mantenidas en medio de los atrevimientos de la vanguardia. Está presente una tersura que liga las palabras y un tono de elevación cruza todos los versos. “Corro de las horas”, podría tenerse por un juguete literario con temas extraídos de un mundo de infancias, pero juguete literario que no lo construye sino un real poeta:

*A la una
la mula.
Con su collar de río
Y su sombra en las sombras del corro
cruzarán vestida de reflejos
con el zodiaco en un ojo.
A las dos
El reloj.
Con la campanita del muro
Será el eco del sol
Por las veredas del musgo.
(...)
A las nueve
llueve.
Ya nadie está de pie en la noche tupida,
algo impalpable y frío resbala en la tiniebla,
gira que gira el sueño igual y en declive,²⁹
una luz sola y firme desde lejos se aleja.*

En este fragmento de “Acción de Gracias”, poema de *Manoa* en el cual combina lo que habitualmente se ha de considerar poesía, no importa el tema, con las reticencias y aún hasta las irreverentes características en que cayeron algunos poetas de vanguardia, con lo cual refrenda que es poeta. Y de categoría. De los nuestros, estaría entre los mejores. Y trae, diferente a

29. Arturo Uslar Pietri, *Manoa*, Editorial Arte, Caracas, 1972.

todos, un estilo propio. A ninguno se parece. ¿Que su poesía es corta? La poesía no se mide por su peso en kilogramos. Un ejemplo clásico: Jorge Manrique, a quien se tiene por poeta de un solo verso: “Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir”.

¿Tiene nivel alto la poesía de Uslar? Que lo diga ese fragmento:

*Gracias venimos a darte
Señor iracundo, remoto e invisible,
no por lo que hemos recibido
sino por lo que todavía no nos han arrebatado
y que escondemos con miedo
en el hueco de la mano apuñada,
esperando que el terrible destino
¿es el destino?
lo descubra y se lo lleve.
Gracias por el viento del Este
y el viento del Oeste
que traen las nubes
y se llevan las nubes.³⁰*

Tal en su obra poética, como en su vida toda está la buena sombra de su esposa, y aunque no lo diga tal vez por mantenerla en el altar íntimo donde la venera, el texto permite la intromisión de pensar que es ella, doña Isabel y no otra, la musa de su poema “Aniversario”. Todo, la misma calidez hogareña que en ese verso flota, nos hace pensarlo. ¿Equivocados? Mantiene allí con voz que parece regresar a sus veintitantos años, en compañía de aquellos poetas que ostentan la virtud de humanizar lo ya un tanto deshumanizado del vanguardismo:

*A veces madre, a veces hija
y novia inmarchitable,
presencia de mujer, hora tras hora,
en las mil soledades de mi día
sin que cambies,
la misma y distinta.*

30. Arturo Uslar Pietri, *Ibidem*.

*Pasas sin ruido los paisajes
y las instancias de mi alma,
hablas si callas, si te alejas quedas
un eco de tu voz renace
a cada instante
para nombrar lo tierno y lo seguro.
Permaneces allí
donde nada perturbas
donde todo completas
con tan preciso tino de lugar y de hora.*

Y prosigue hasta concluir con el mismo rumoroso tono interior:

*Esto lo digo y te digo,
Acaso porque hoy cumplimos año,
un año de cualquier día
de todos los que me has dado, uno tras uno,
redondos y perfectos,
como cuentas de hilo
con todos los colores.³¹*

Si en la poesía van sus más preciadas delicadezas, pues tendrá su antipoesía, reflejo, suponemos, de lo que en el prójimo le desagrade (¿recordamos de la novela *El camino de El Dorado* el pasaje de cuando al brutal marañón se le rompe el pomo de perfume que guarda doña Inés de Atienza?) pues a Uslar le causa desazón, pienso, lo baboso, la sinuosidad, lo húmedo. Está reflejado en su verso “Lombriz de tierra”:

*Eres absurda, bestezuela helada
y viscosa, y vibrátil y desnuda
como un nervio de la tierra. Dada
tu forma eres un hilo que se anuda
en los hilos de cualquier mirada
para inquietar el alma...³²*

31. Arturo Uslar Pietri, *El hombre que estoy siendo*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1986.

32. Raúl Agudo Freites, *Pío Tamayo y la vanguardia*, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Caracas, agosto 1939. (Este poema, que aparece incompleto, lo tomé JBL textualmente del referido libro de Raúl Agudo Freites).

Ni tan poquito que no alumbre ni tanto que queme al santo

El año 69, al separarse Ramón J. Velásquez de la Dirección, le retorna el ofrecimiento hecho veintinueve años atrás. En ello hay para él algo de reto. Al cargo lo lleva su ganado prestigio en la vida pública y en las letras y el haber ejercido desde siempre el periodismo de opinión y, ocasionalmente, de redacción. Y su asentado buen juicio. Cualquier órgano dedicado a la comunicación de sucesos, ideas, opiniones (especialmente opiniones) por poderoso que luzca tiene pies de cristal. Es, de hecho, un órgano de crítica. Para ello la ha creado, en nivel de institución, cada colectividad. Por obligaciones de la línea editorial, y la ética normal, en cuestiones informativas debe seleccionar momento a momento entre ese *esto sí; aquello no*.

También Uslar será el director indicado para la ocasión. Es además, en ese momento en que se busca una eficaz *vacuna* contra la Organización Latinoamérica Anticomunista (OLA), detrás de la cual está, en efectivo respaldo, el Departamento de Estado norteamericano de esa época todavía mackcartista. Es un convencido admirador del sistema de la libre empresa, respecto al cual considera que se debe liberalizar pero sin tampoco permitirle actuar por cuenta propia. Rueda libre. Ni tan poquito que no alumbre ni tanto que queme al santo. *El Nacional* está, con él, consolidando lo logrado en mucho por directores que le antecedieron, no sólo en cuanto a las acechanzas de ese boicot instrumentado por la OLA, sino lo más importante: que la publicación no caiga en ese resbaladero, en ocasiones inadvertido, que es el descenso en calidad, anemia que imperceptiblemente iría llevándose. De los daños transitorios causados por ese boicot se ha repuesto gracias a la forma como el diario ha venido conservando a todo trance la línea editorial centrista que lo coloca a resguardo de la quiebra. Ni desafiante ni de rodillas. Dignidad es la consigna. El empeño mayor de los directivos está en mantenerse alerta para defender la publicación ante esa planificada merma publicitaria que no ha sido simple coacción sino declarada, y en acción, guerra de exterminio. Son los capitalistas vernáculos aterrorizados, que ante las agitaciones de la revuelta cubana como avanzada tonta útil (¿o viva útil?) de la Unión Soviética, exageran la nota y ponen un pie adelante impulsados por sus miedos y terrores para cubrirse frente al ataque, no del accidental instrumento del greñudo Fidel Castro, sino del propio sistema comunista que de triunfar, es obvio, arrasaría con todo; menos, al momento (y sólo al momento), con el vivaracho autócrata y quienes de él se aprovechan. Aparte coloquemos a quienes de buena fe, porque los hay, acuden a ese llamado.

La OLA viene a ser un caballo de guerra del viejo capitalismo, en tanto Fidel Castro es entonces un caballo de guerra del tan viejísimo comunismo en germen que Aristófanes –citamos ya el punto– dos mil quinientos años atrás, presenta en una de sus comedias y que ahora, con intención imperialista universal, y entusiasmo, recalienta la Unión Soviética. ¿No publicó Lenin en 1917 (citado) *que pronto presenciaremos la victoria del comunismo en todo el mundo?* Es que al apasionado Lenin lo malencarriló su bola de cristal. Vidrio barato, pues han transcurrido noventa y tantos años. Y así el poderoso imperio soviético, enorme oso desafiante, se vio en la obligación de retornar, con el rabo entre las piernas, al sistema capitalista; y, algo de trascendencia que marca el total regreso: llamarse, de nuevo, Rusia, como siempre lo añoró la memoria colectiva de su pueblo. Será una Rusia republicana, sin amos. Ni volver al autócrata zar Romanoff ni al superautócrata zar comunista José Stalin. Por constituir el más eficaz espejo para refractar el acontecer, los diarios deben tener presente que van desapareciendo los viejos temas y las viejas capas de lectores y llegan otros y otras con diferentes criterios en cuanto a opinión y noticias. No es que sean *per se* mejores o peores; digamos que son diferentes al incorporar nuevas formas y técnicas de comunicación. Y surgen nuevos medios que aventajan a la prensa escrita cuando en algunos niveles compiten con ella, digamos la televisión que te da el asunto y su imagen, por lo que, al no exigir el esfuerzo de la lectura, lo cual va más acorde con la desidia connatural en el ser humano y particularmente muy acentuada en nosotros los hijos de estos rumbos, hundidos en la siesta del platanal. Y por allí el diario escrito, de no adaptarse, muere. Raíz muerta no germina. Por algo se oye, a través de siglos y siglos aquella siempre repetible voz heraclitiana de advertencia colocada frente al abismo:

¡No nos bañamos dos veces en el mismo río!

O te renuevas o pronto desaparecerás

Hemos mencionado que Miguel Otero Silva no estaba siempre visible, pero estaba. Como voz propia de la empresa mantenía el hábito de encerrarse cada cierto tiempo durante días a consultar, cambiar ideas con el respectivo director, el jefe de Redacción, los jefes de sección, de lo cual surgían resoluciones dirigidas a mantener la calidad del diario, previa la permanente sincronía con el público. Por algún lado entraba la voz del letrerito de Insúa, el del restaurante: “Primero mis clientes que mis parientes”. De ese modo,

triunfan las líneas editoriales en cuanto a las proyecciones del humanismo y su ideario de civilizadas tolerancias. Entre las innovaciones de Uslar, contrastando con su personalidad sumergida en altos temas intelectuales, está crear la llamada sección de Farándula que, si bien ligera, es necesaria pues corresponde a un numerosísimo sector social, habida cuenta de que no todo el mundo está interesado en disfrutar la lectura de *El Quijote* o cavilando en torno al pienso luego existo de Descartes, o dándose una zambullida en la literatura tenebrosa de Kafka. Una de las obligaciones sociales de la prensa es, y está en su esencia, proveer de recreación a los lectores. Algunos, porque hay de todo en esta vida, la obtienen en las páginas rojas, en los crucigramas, en los batazos del beisbol o en las patadas del futbol. O hasta en los anuncios funerarios, pues, tal como alguien me comentaría, y disfrutaba diciéndolo, se muere un amigo pero igual un enemigo. Y de esa manera, debido a ese sublimar mediante tan cruel pero humana variación de catarsis, liberamos descargas emocionales. Está por los lados del mecanismo exitoso de los dramas teatrales. Opera en la misma línea, por caso, del inmenso dramón que es el *Edipo rey*, el cual, debido a ello tiene y tendrá, por siempre jamás, lectores y espectadores.

A consecuencia de las deformaciones profesionales caemos en el error de guiarnos en todo caso por nuestras propias preferencias. Ya sabemos cómo juzga el ladrón. No será buen director el que concede satisfacciones a sus propios gustos e intereses y coloca en segundo plano a los lectores. Algo de ello ha dicho, vimos, Arturo Uslar al tomar el cargo. Hay, digo por parte nuestra, que mantenerles puesto el oído en el pecho. En ese lugar se encuentra el *tic tac*, la verdadera voz. Un periódico es hecho para un público; no para quien lo dirige. En el restaurante no se come conforme al capricho del *chef* thailandés o alemán o llanero, sino a lo que él prepara de acuerdo a la solicitud de los clientes habituales. Primero mis clientes que mis parientes. En una ocasión observé a un transeúnte adquirir el periódico, extraer las páginas de deportes con la punta de los dedos y el resto echarlo en el pipote que el kiosquero dispone para los desechos. Extrañado, a éste se lo comento y me responde:

—Es lo que habitualmente hace y, cuando más, da un vistazo rápido a la primera página, tal vez para ver si allí hay también algo de deporte.

Pues a Uslar Pietri no le preocupa que se le critique la creación de esa página de farándula que por su mismo nombre ya indica liviandad. Mantiene

ligado el oído al *tic tac* del común. La considera un servicio indispensable, pues no todos los lectores están interesados en las noticias de política, literatura, robos. Han crecido la radio y la televisión y el cine, y de ese importante mundo es necesario informar. Es una, como sea, necesidad social ya instalada en el alma colectiva. Compensa en algo la pesadez generada por el acontecer.

Por algún lado se ha de tomar en cuenta que en ese nuevo medio de comunicar fluyen las informaciones nacionales e internacionales. Allí no todo es ligero, frivolidad. ¿Uslar mismo no forma parte del mundo televisivo con su charla semanal *Valores humanos*?

El rochelero joropo cascabelea en cada venezolano

Junto con esa batuta por él referida, desenfunda también un sentido del humor que un tanto contrasta con su figura pública. Sus particularidades. Igual a la que lo ha llevado a ser cronista de toros. Se nos hace difícil creer que hubiese dedicado tiempo y esfuerzo a escribir que tal o cual torero es bueno con la muleta o mejor con el capote, o superior a El Cúchares pegando banderillas al quiebre. Son palpitaciones recónditas que hay quien las lleva corazón adentro. Todos tenemos alguna. Recordemos que don Antonio Arráiz es encontrado por Aquiles Nazoa cuando en el jardín trasero del Museo de Bellas Artes efectuaba un diálogo de pitos con un grupo de boy scouts. Quien no haya leído en *Las lanzas coloradas* los pasajes de Boves y el párroco en la iglesia de Villa de Cura, tampoco podría pensar que Uslar, con ese rostro habitualmente adusto, y el fuerte contenido de sus artículos, sería capaz de hacer las manchetas que publicaría, género instituido, vimos, para sustituir a los conceptuosos y por ello muy pesadotes editoriales entonces publicados en los diarios y que Miguel Otero Silva denominaba *magallas*, y de ese modo acercarse más al venezolano. De cualquier modo, aunque sustanciosos y generalmente bien escritos, que los hay, resultan impersonales y, así, un tanto aéreos. La opinión es algo tan personalizado que es necesario saber quién está, con su figura, detrás de ella. El mejor editorial, por no llevar firma, suele resultar más desabrido que bailar con una hermana.

En este país todos llevamos algo de un permanente joropo. Alegría. Eso, bien dosificado, es una virtud y no un defecto. Tal vez una cualidad no su-

ficientemente valorizada por nosotros mismos. Ha sido parte de nuestra idiosincrasia. El general Miranda supo aprovechar esa característica joropera del venezolano para cerrar el error de su propio fracaso con aquella su famosa frase condenatoria: *¡Bochinche, bochinche!... esta gente no sabe hacer sino bochinche!*, no obstante que tan eminente prócer, quien se ve muy seriecito en sus retratos, no viajaba sin llevar en el equipaje su flauta, el instrumento más bochinchero que existe, igual interprete *La flauta mágica*, de Mozart, o *El cumaco de San Juan*.

Traigamos a cuento que tal tendencia en cierto modo alegre, no es de esencial origen telúrico. El indio ha cultivado la tristeza. No hay melodía más melancólica que la del indio, especialmente del que habita en el Altiplano andino, el cual, con su flauta hecha con un trozo de bambucillo, podría lograr que llorara la estatua en bronce de su Manco Capac. En la frase adoptada, *Caminante: no hay camino, se hace camino al andar*, hay una traviesa invitación no al relajamiento total pero sí se percibe algo de aventura, de relajillo. El contenido de ese verso bien salió de un andaluz, y sin olvidar que de un andaluz de alto nivel clásico, que eso es don Antonio Machado, pero que jamás lo habría siquiera pensado un catalán. Esto porque de España el catalán, el vasco, el gallego no navegan sin brújula. Toreros, cantaores y manolas van bien con Andalucía y no cuadra imaginar esos alborotos de castañuelas y tamborileos en Cataluña o en los Países Vascos. No se me hace posible imaginar a un catalán dándole a un toro el llamado *natural de rodillas*. Catalanes y vascos tendrán su música pero de tipo menos jacarandosa. La jota y sus estrafalarios quejidos no es para ser cantada por un hombre serio, con bigote grande, salvo que fuere padre de menos estridencias. De Arturo Uslar mostremos una fase de su personalidad literaria que, según mis lecturas, a sus analistas les ha pasado inadvertida: su vena humorística.

Refresquemos dos breves ejemplos. Uno en sus *Las lanzas coloradas*, Natividad, esclavo alzado, le dice a su jefe Presentación Campos:

*A mí, eso de la patria me suena lo mismo que eso del amor. ¿Usted no ha visto por ahí, pues, esas gentes que se enamoran y andan suspiro y suspiro y no consiguen nada? Pues, lo mismo. La patria es un puro suspiro. No hay que enamorarse, sino barajustarle a la mujer.*³³

33. Arturo Uslar Pietri, *Las lanzas coloradas*, Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1946.

Y, otro es la escena en la cual Boves entra como en campo abierto en la iglesia de La Villa montado en su caballo negro, y ordena que le traigan música para que todos dejen el rezo y, mejor, bailen al son del tambor:

*La música, cortada como un hipo, parecía comenzar y recomenzar a cada instante. El cura, que estaba escondido en un confesionario, fue sacado a la fuerza. ¡Palo con él! ¡Que baile! Y a golpes la sotana comenzó a inflarse entre los bailarines.*³⁴

Así podemos explicarnos cómo es que sorprendiese con tan agudas manchetas, tan distantes de su frontal, conocido, modo de ser.

Para cada director de *El Nacional* ha sido la mancheta una piedrita en el zapato porque debe hacerla, diariamente, sincronizada con el acontecer. Siendo expresión editorial, toma el asunto del día y lo exprime para extraerle su esencia. La mancheta, igual, ha de brotar vinculada siempre a lo fortuito. A lo que venga. Si no hay noticia trascendente, no habrá *mancheta* sustanciosa. No es cuestión de hacernos unas cuantas para toda la semana, meterlas en el congelador, e ir largándolas día por día. Como las arepas, es necesario comerlas en caliente. Precisa tomar el asunto que al amanecer estará entre los titulares destacados de las primeras páginas, lo que va en boca de todos, y echarlo envuelto en una frase insinuativa. Uno que otro director la elaboró con intención humorística; otros a palo seco. Cuestión personal. Y circunstancias. No se trata de simple técnica: se tiene o no se tienen las condiciones propias para ello. Como ser equilibrista de cuerda floja o sonar bien el violín.

Algo de caricatura contiene la mancheta. Su secreto está en que, igual a la poesía y a la caricatura, dijimos, su esencial parte sólo va sugerida. Es un género el cual, y digámoslo de paso, aquí no hemos advertido su importancia como expresión comunicacional. Bismarck, que no se caracterizó precisamente por ser un frívolo, y a quien por algo lo denominaban el Canciller de Hierro, a diario preguntaba si había sido publicada una caricatura donde él apareciera, y al respondersele que no, comentaba: “Pues estoy en decadencia”.

Algunos dibujantes, y en ese caso dejan de ser caricaturistas, concluyen por hacer un chiste ilustrado con dibujo, cuando a la verdad la caricatura

34. Arturo Uslar Pietri, Ídem.

cabal es la que presenta expresiones del rostro, que es allí, según la sabiduría colectiva, donde se asoma el alma. Y es eso lo que interesa. Y divierte. En las caras va la gracia, resumida en la expresión de los ojos, la risa o la agresividad de los dientes, el gesto de la boca, el arqueado interrogativo de las cejas, las orejas del conejo, los bigotes del general Gómez. Más que el retrato propiamente dicho, es ella la que mediante un golpe de lápiz puede presentar la parte profunda del alma humana. Y ello exige gracia. Sin gracia en el dibujo no hay caricatura lograda. Sólo charcutería periodística. La gracia, esa condición esencial, ha sido mostrada por Eduardo Robles Piquer (RAS), maestro en sintetizarlo todo con un solo plumazo, que así es la semblanza magistral que le hace al doctor Mateo Alonso, con la cual RAS, conforme a su señorío español, podría decir a lo torero: *¡Abí queda eso..!*; y han mostrado gracia Claudio Cedeño en sus variadas muestras, y Pedro León Zapata, por caso en su Rómulo Betancourt con traje de boy scout y su saludo “siempre listo”, y Hugo Ramallo, y Oswaldo Dumont y uno que otro, y no muchos, caricaturistas. No es sólo dibujar bien. No sólo es colocarle un buen chiste, pues éste, para que haya comunión, ha de brotar del dibujo y no a la inversa. Una integración del todo. Si llegar a metáfora es la corona de la mancheta, igual ocurre con la caricatura.

La caricatura cabal, y por supuesto también la mancheta, para que muestre vigor ha de tener una víctima en cada ocasión. Debe ir, así, entre lo irónico y lo sarcástico. Del pellizco a la cuchillada. Los caricaturistas no caricaturizan a sus amigos. Hacerlo sería una simpleza. Una sopa sin sal. Siendo una cuchillada, es para recibirla un diablo y no un ángel. Y, así, en cada caricatura recia hay un homicidio. De otro modo es una semblanza que se le hace a un santo y no a un político. La caricatura sale de las vísceras y no de las meditaciones de su creador. El famoso McNelly, al preguntársele por qué si él se tenía por imparcial hostilizaba siempre al candidato Carter y no a Reagan, repondió: *—No me desagrada el modo de actuar de Carter pero más me agrada el de Reagan.*

De manera que al caricaturista, si partimos de que sólo la política tiene la fuerza colectiva que requiere la caricatura, no lo inspira lo grato del personaje como sí lo desagradable que le inspira su adversario. La caricatura política no es una tarjeta postal. Es instrumento de guerra. Un cuchillo.

Hay personajes más caricaturizables que otros debido a cualquier particularidad que los distinga. El cuello del general López Contreras, o las orejas

del doctor Prieto, el peinado del doctor Caldera. Y, por la sincronía entre rostro y habla, Rómulo Betancourt ha sido el Presidente más caricaturizado de estos tiempos. Y aquí vamos a su estilo multisápido para decir a lo grueso que de estos personajes ha sido el que más pan les dio a los caricaturistas.

Al hablar de caricaturas, por supuesto no nos referimos a los chistes ilustrados, que por nada vienen a ser caricaturas auténticas. Tomando de nuevo en préstamo la frase de Gustavo Flaubert que se refiere al estilo literario, la caricatura bien lograda y sus palabras de enclaje deben brotar “como brota la llama del fuego”.

Junto con ser artista, el caricaturista de prensa es periodista, con lo cual, de hecho, ha de dominar las dos artes. Digamos: es un periodista diferenciado. El caricaturista busca en el personaje aquello que lo tipifica y sólo él tiene ojo al aparecerle, dentro de muchos otros, los rasgos que ha de captarle, y son espejo del alma según la sabiduría jamás desmentida. Quien no supiere leer en ese rostro, que se dedique a otros menesteres. Por ello recurrimos a ejemplos ayer más conocidos y hoy menos conocidos: Alfa, Claudio, Ugo Ramallo, Oswaldo Dumond, Rubén López y habrá otros buenos que no tengo a la vista. Igual es recordado Leoncio Martínez (Leo), aunque éste sin la finura de un buen dibujo.

Tornando a la mancheta, ésta, para alcanzar ese nivel de arte humorístico, como del mismo modo la buena caricatura, debe ascender a niveles trascendentes. Cualquier chiste, por pequeño, y ello es axiomático, ha de tener un fondo de verdad. Un anclaje. De otro modo, no hay chiste. La mancheta no vale tanto por lo que dice y sí por lo que insinúa. Es una metáfora. En su elegancia contempla que quien la leyere o viese, disfrutare con el goce de completarla. Lograda en su justa dimensión alcanza el nivel de la metáfora. Es orfebrería; no charcutería. El encanto de *La Gioconda* está en que Leonardo no explica el misterio de la sonrisa que le colocó y ella queda en ser símbolo de la mujer, alma insondable, crucigrama jamás resuelto, que en ello estará su distinción, esa misma, digo, que ha debido llevar al genio Winninger, ante la fatalidad de lo imposible, a colocarle como título a su libro: *¿Eva, quién eres tú?* Conformidad, porque lo enigmático viene precisamente a ser el encanto mayor de la mujer. Visto de otro modo, ¿vale algo un crucigrama resuelto?

Es lo cierto, y continuando con la derivación, no podemos vivir con ellas ni sin ellas. Esto no es un agravio. Les regocija (o lo aparentan) que así pensemos. Y cada día son más avisgadas. A mi nietecita Estefanía, de siete años apenas, le saludé: “¿Cómo estás, princesa?”. Se detuvo. Echó un pasito atrás, arriscó la perfilada naricita, y me dijo: “Yo no soy princesa; soy la reina”. En ese orden, ya cumplidos los ocho, está en el gimnasio aprendiendo kárate. Actualización.

Mancheta y caricatura por nada van con dictadura

Originalmente la mancheta fue un cintillo que los diarios franceses colocaban para destacar algo en especial, y que por tal causa en sí contiene una significación editorial. Ha de ser producto de lo real inmediato; de eso que flota en el ambiente de la calle. Así la mancheta como su hermana la caricatura no ha de ser para estudiarla; es para ser interpretada con un solo golpe de vista. Su éxito vendrá en ese no decirlo todo. La caricatura lograda es la que, por expresarse desde sí misma, en el anclaje ha de exigir el menor número de palabras. Su máxima excelencia está en no llevar ninguna.

La mancheta bien lograda, la irónica o moderadamente sarcástica, es la que sólo insinúa el contenido. Viene a ser la caricatura verbal de una circunstancia. Dice más allá de los límites a que la constriñen las cuatro palabras. Por ser un reflejo poético de la metafórica voz editorial de la empresa (¿acaso el empresario no tiene su poesía?), profundiza y por ello compromete más aún que la caricatura, obra personal de su autor, tampoco significando que la empresa vaya por un lado y el caricaturista por otra. Está en el vértice de la línea editorial. A veces no la expresa, pero jamás la contraría. Se proyecta dentro de una dimensión desconocida. Fue debido a ello que *El Nacional* hubo de suspenderla durante el régimen militarista del comandante Delgado Chalbaud y su continuador el general Marcos Pérez Jiménez. Es decir, desde el 24 de noviembre de 1948 hasta el 24 de enero de 1958. Una década. El tiempo en que desempeñaron la dirección Reyes Baena y Rivas Mijares. Reaparece con la restitución del sistema republicano secuestrado por la dictadura. Lo insinuado siempre dice más, mucho más, que lo expresado en modo denotativo, directo. Cuestión de interpretar esa larga pausa de silencio que duraría diez años redondos.

Eso de lo directo y lo sugerido –y se me disculpe si me alargo en el tema, pues veo que en el periodismo del país no les hemos dado a la caricatura ni a la mancheta su debido rango– entre lo insinuado y lo dicho, está, digo, la diferencia mayor entre géneros y estilos. Para ejemplo dimensional tomemos la pintura. Están lo clásico, cercano a lo real, y lo barroco que se apoya más en la sugerencia, y aquel neoclásico del XVIII y el XIX que intentaría decirlo todo y apenas valió a sus autores un reconocimiento por su destreza en el dibujo, tan cercano a la fotografía, entonces recientemente inventada, un alto nivel de artesanos de lo cual apenas escapa David y uno que otro artista notorio. Diferente viene a ser cuando nos encontramos ante la *Lección de Anatomía*, de Rembrandt, o la sonrisa desconcertante de *La Gioconda* o las elocuentes goyescas, obras que mucho tienen de finísimos o grosísimos rasgos caricaturescos en escenas, rostros y debido a ello dicen más, mucho más, de lo que captamos a simple vista, con lo que, al obligarnos a interpretarles sus entornos y profundidades, nos meten dentro de los ámbitos del arte. Y al aceptarles, o tolerarles la ironía y las críticas que contienen, terminamos en ser cómplices de sus autores. Allí estaría su éxito en el ámbito colectivo.

Bien podemos establecer que algunos de los directores, no obstante poseer sobradas facultades para la mancheta insinuativa, digamos el mismo Miguel Otero Silva, en ocasiones estuvieron obligados a soslayar ese tipo de expresión que sólo sugiere y utilizar la forma directa para no dejar margen a que los atrape su adversario. De ese modo, aún siendo Miguel humorista reconocido, sus manchetas han sido de las más a palo seco hechas que ha publicado *El Nacional*. Ello se explica porque siendo condueño de la empresa, digo, compromete más al diario como voz editorial que un director común, no obstante hubo de jugársela a un topo a todo cuando le fue necesario. Por caso, con motivo de las protestas de calle que rechazan la visita del presidente Nixon al país y los correspondientes comentarios de Foster Dulles, con apenas un breve chispazo mordaz publica en mayo del 58:

*Al lamentar la desaparición de la policía de Pedro Estrada: Foster Dulles da nuevas demostraciones de su simpatía e inteligencia.*³⁵ MOS

35. Miguel Otero Silva, "Mancheta", *El Nacional*, 23 de mayo de 1958.

Digo que editoriales y artículos son brotes de la mente inmediata, mientras las metafóricas manchetas vienen de mayores profundidades. Define más a quien las elabora. Del paso de Uslar por la Dirección le desgajamos algunas de ellas para destacar esos rasgos personales de sus no tan mostradas condiciones de humorista, no obstante hallarse presentes, y así hemos referido, en *Las lanzas coloradas* y en el editorial de *Válvula*. En *Las lanzas coloradas* logra peso de fondo al utilizar, sin proponérselo tal vez, ese aludido toque de criollismo que él evadirá en sus obras posteriores, centradas éstas en estratos lejos de lo popular. Colocamos una que otra y la respectiva información que las motivó. Digamos el anclaje. Sirvan a la vez para notar que la mancheta vale sólo si va con los temas trascendentes del acontecer inmediato y a sabiendas de que éstos, digamos pensando en los años transcurridos toda vez que en Venezuela, tal hemos comentado, no resolvemos los grandes problemas. Ni aun los pequeños, conforme al respecto nos habla en el oído el otro yo, y debido a ello dijimos que a más de quinientos años de distancia todavía los historiadores no han establecido si la saga de Cristóbal Colón fue descubrimiento, conquista o trancazo. Algunas de estas expresiones de Uslar podrían ser publicadas hoy, casi con las mismas palabras. Por caso, lo referente al reclamo de límites planteado a Guyana, herencia de la Corona española y sin solución a la vista:

El saqueo clandestino que pescadores trinitarios le hacen a nuestra riqueza pesquera:

*Camarón que se duerme se lo lleva Trinidad.*³⁶

Los psicoanalistas anuncian que realizan un Congreso:

*¡Cuidado! Nos observan los psiquiatras.*³⁷

Acusado de intentar el asesinato de Mao Tsé Tung, al chino Lin Piao lo fusilan sus camaradas:

*Limpiao.*³⁸

36. Arturo Uslar Pietri, "Mancheta", *El Nacional*, 27 de enero de 1969.

37. *Ibidem*, 6 de enero de 1970.

38. *Ibidem*, 29 de julio de 1972.

Una rosca de comerciantes está acaparando la carne de res:

*La carne es débil pero la rosca es fuerte.*³⁹

Los productores de leche piden urgente aumento del subsidio oficial:

*En lugar de ordeñar las vacas
el subsidio lechero ordeñará el fisco.*⁴⁰

Conociendo el tipo de obras de Uslar y su empaque personal, ¿se podría pensar qué llevaba dentro tales formas expresivas? En sus recuerdos, y es lo humano, habrá realidades gratas. Y fantasmas. Y pesadillas. Expresa sentir una real satisfacción dentro de un transcurrir siempre recordado, con nostalgia, por lo que a ojos vistas fue la florida selva política de los años 40; y mantiene su digamos obsesiva idea, de lo cual hemos hablado, en cuanto a que sin cultura desde la base popular jamás tendremos una conveniente solución al esencial problema como nación, por aquello, sabio, de que todo pueblo tiene el gobierno que se merece. Veamos en torno.

En punto a educación, mucho conservaba del haber, más que leído estudiado, a Juan Jacobo Rousseau, quien definió las propias tendencias en su famoso *Emilio*. Igual se le nota una inmediata afinidad con nuestros pedagogos Simón Rodríguez, formado en ese mismo siglo explosivo, y Cecilio Acosta, en línea similar, de quien toma la lección primaria que: *la educación debe ir de abajo para arriba, y no al revés, como se usa entre nosotros, porque no llega a su fin que es la difusión de las luces.*

De ese modo, la orientación global de Arturo Uslar Pietri en cuanto a este punto, vemos, radica en algo que a primera vista no se le hubiese percibido, siendo él tan distanciado de la masa, tan de claustro universitario, tan de ropajes académicos, de no haber dicho que lo de mayor significación para él en sus acciones de hombre público, en literatura y en periodismo, que de ello es muestra su paso por *El Nacional*, tendencias infiltradas en su espíritu

39. *Ibidem*, 4 de mayo de 1973.

40. *Ibidem*, 11 de febrero de 1974.

por Simón Rodríguez, maestro que propugnaba que al estudiante se le debía dar academia pero simultáneamente un oficio práctico, y por Cecilio Acosta, figuras que no por estar sumergidas en el romanticismo como palpitación emocional de vida, dejaron de captar y aplicar las ventajas, en ese campo, del pensamiento positivista que entra en la escena social con tanta fuerza que en 1870 lleva a Guzmán Blanco a emitir su decreto de *la instrucción pública, gratuita y obligatoria*. Sería esa misma atmósfera colectiva que en ese mismo orden de pensamiento Cecilio Acosta, tan espiritual y debido a ello tan lejos de Guzmán, sorprende con aquella frase que en su boca tiene mucho de reniego, al contrastar la gramática con el concreto oficio manual: *¿Hasta cuándo se ha de preferir el Nebrija, que da hambre, a la cartilla de las artes que da pan?*

De allí que por encima de todos los relumbrones del alto Poder Ejecutivo de la República, en el cual ha desempeñado las carteras de Economía y Educación, y ha sido embajador de alto rango, Arturo Uslar guarda para sí esta emoción esencial:

El haber estado en el hecho histórico que fue la puesta en marcha, por vez primera, de nuestra Alfabetización Nacional, que se hizo con el afamado moderno Método Laoubach, en el gobierno de Isaías Medina Angarita, a cuyo equipo ministerial me honro en haber pertenecido.